



LUZ
DE
LUNA

DANIEL
VALCÁRCEL
DE MIGUEL

LUZ DE LUNA

**DANIEL
VALCÁRCEL DE MIGUEL**

LUZ DE LUNA

A mis padres, por darme el tiempo y el espacio necesarios, no solo para escribir este libro, sino también para crecer como persona.

MARÍA Y LUCÍA

Tumbada en la cama cerró el libro y se quedó ensimismada. El tiempo pasaba y las ganas de hacer algo la invadían. Tuvo la idea de ir a hablar con su abuela María. Se dirigió a la cocina y la encontró, sentada, leyendo un libro. Su abuela no se percató de su presencia hasta que Lucía le preguntó:

—¿Está bien lo que lees?

—Es pasable.

—¿Te puedo preguntar algo, abuela? —La quinceañera se sentó enfrente de ella.

—Poder, puedes. Otra cosa es que te quiera responder.

—Ya... Me preguntaba si podrías contarme la historia de cómo conociste al abuelo.

—¿Y para qué quieres saber eso?

—Para matar el tiempo. Y porque me produce curiosidad.

—Bueno, entonces, quizá pueda ayudarte a hacer que pase el tiempo más rápido. Ahora bien, es una historia larga, bonita y llena de misterios.

—¿De misterios?

—Así es. De hecho, te irá sorprendiendo conforme te la cuente, del mismo modo que me sorprendió a mí en su día.

—¿A qué te refieres?

—Ten paciencia y lo sabrás. Si quieres que te la cuente, tendrás que prestar atención. Ah, y darme un beso en la mejilla. —La abuela se señaló la cara a la vez que la acercaba a su nieta, que le dio un beso—. Así me gusta, queriéndome un poco.

—¿Significa eso que ya me vas a contar la historia?

—Sí. Pero hay algo que te quiero decir antes. Tu abuelo llegó a mi vida cuando tuvo que llegar. Y él me ayudo a ver y entender las relaciones humanas de otra forma. —Un brillo brotó en sus ojos, como si recordase algo bonito del pasado—. También, he de hablarte de esta historia a través de los ojos de un hombre joven, sensible, sabio y atractivo que cautivó mi corazón. Así que, no te contaré la historia de cómo conocí a tu abuelo a través de mí. Tengo un plan mejor para esta narración y lo desarrollaré contando la historia desde cómo la vivió él.

—¿Él? ¿Tan bien lo conoces que sabes lo que sintió en su día?

—Claro. Cuando amas tanto a alguien, eres capaz de comprender lo que vivió. Además, así esta historia será más interesante, y eso te gustará.

La abuela se levantó para coger un vaso de agua, mientras le preguntaba a la adolescente si quería beber algo. Lucía denegó la oferta y observó a la mujer, una persona humilde, dulce y tranquila. Sentía un gran respeto hacia ella.

—Abuela, ¿te enamoraste del abuelo nada más conocerlo?

—Sí y no. El amor es algo que sucede sin preguntar ni pedir por él. Es como bailar bajo la lluvia; no decides que llueva, pero, cuando lo hace, puedes elegir danzar arropada por esas incontables gotas de agua.

—Entiendo.

—Aun así, quisiera saber algo. ¿Tú has tenido sexo?

Lucía se sorprendió ante la pregunta directa de su abuela.

—No...

—Bueno, ya lo tendrás. Te lo preguntaba porque en esta historia va a haber cierto componente

sexual, pero, si de momento no lo has vivido, quizá no diga mucho de ello.

—Si quieres, puedes hablar. —Lucía pensó que no le apetecía mucho escuchar a su abuela contándole las relaciones que tenía con su marido—. Pero, si quieres, puedes no hablar de ello...

—Genial. Optaré por lo que quiera hacer. Sí, eso será lo mejor. ¿Y cómo comenzar esta historia? ¿De qué manera transmitirla? —Puso una mirada pensativa—. Mmm... Creo que ya sé por dónde empezar...

ÉL

Había salido el sol cuando despertó. Estaba tumbado en la cama y rodeaba con un brazo fuerte a la mujer desnuda. Se sentía dichoso por lo vivido la noche anterior, y ese amor y pasión que los había conectado seguía ardiendo en el pecho. Se levantó de la cama con cuidado, tratando de no despertarla. Se dirigió al baño para lavarse la cara y levantar el flequillo oscuro. Al contemplarse en el espejo, vio su cuerpo bonito. Sabía que no era modelo ni el tipo de persona a quien admirar por su belleza, pero se sentía guapo. Era su bronceado irregular, que se quedaba en los brazos, piernas y faz, lo que revivía unas inseguridades físicas.

Tocó con suavidad las heridas que conquistaban los nudillos, sonrió por última vez al del espejo y se marchó sin hacer ruido de aquella casa.

No le gustaba hacerlo. No de esa manera. Era fría, insensible, y hasta punzante en el pecho. Pero era la única manera. Al menos, eso había dicho ella. Quería que se fuese por la mañana. Deseaba despertarse y ver que el chico con el que se había acostado la noche anterior ya no estaba en su cama. No le apetecía sentir que anhelaba seguir a su lado, que podría enamorarse, que esa puerta al amor estaba abierta y que, inevitablemente, la iba a cruzar. Le pidió que se marchase sin dejar rastro de su existencia. Y él cumplió con el trato, hasta cierto punto. Sabía que tarde o temprano aquella chica lo odiaría, lo amaría o pasaría de él.

Ya en la calle, se dirigió a un bar que conocía. Mientras caminaba y viajaba en el metro, su mente estaba suspendida en una nube de felicidad. Amaba su vida del modo en que admiraba la grandiosidad y belleza que desprende un águila al volar, o el olor de un perfume, el sabor de unos labios o los últimos rayos del sol que desaparece en el horizonte. Le encantaba sentir esa veneración hacia su vida.

Una vez en el bar, pidió algo para desayunar y se sentó en la terraza que daba a una calle transitada. Quería contemplar a la gente ir y venir, sus rostros ajetreados, su paso acelerado para llegar a la hora al trabajo y sus ojeras por haber dormido poco o por haber visto algún capítulo de la serie que los tenía enganchados. De vez en cuando, encontraba alguna sonrisa sincera que le hacía ver que hay gente contenta; a veces, con eso era suficiente.

Pasó el tiempo sentado, leyendo los mensajes que tenía en WhatsApp. Cuando estaba terminando, un hombre trajeado lo saludó y se acomodó a su lado.

—He hecho lo que me pediste. —El hombre dejó encima de la mesa su maletín y lo abrió; en él había algunos papeles—. Mira, he encontrado compradores interesados en tus cuadros.

Desplegó una serie de papeles con todo tipo de información y algunas fotos de diversas personas en ellos.

—Sí que has encontrado —dijo el pintor.

—Y todos ellos como tú me pediste: con un trabajo en el que aportan algo al mundo. Fíjate. —Sonrió al tiempo que señalaba un folio—. Este es Lucas, un importante hombre de negocios. Como bien ves, su jubilación no queda lejos y se ha dedicado desde hace años a fomentar diferentes comercios en África; comercios justos como la venta de café, joyería y educación. Ha sido un verdadero visionario, ha permitido que trabajadores que no tenían una vida digna pudiesen subsistir; además de tener un horario donde no se les explotase y que la corrupción se haya ido disipando del entorno de la extracción de piedras preciosas, así como de la creación de joyería.

—Interesante.

—Sin lugar a duda. Por otra parte, te presento a Mary, o ese es su nombre artístico. Esa mujer

es una incógnita. Nadie sabe cuál es su nombre real y, de saberlo, no te lo diría. Tiene un negocio de creación de ropa ecológica, que se basa en fibras naturales como el tencel, el algodón orgánico, el bambú y el cáñamo. Crea diferentes estilos de vestimenta con estos materiales, que cada vez tienen más y más público. Se basa en diseños atemporales y ropa de mayor calidad y durabilidad. No sabía ni que existía, pero las prendas que tiene son fascinantes.

El joven cogió el papel para verlo más de cerca mientras se fijaba en el rostro de aquella chica. Tenía un algo que te hace querer admirar la belleza de esa persona. En la fotografía, salía con un vestido blanco de cuerpo entero, con un corte que iba desde el pie a la cintura, dejando al aire una pierna tonificada. Tenía un porte estiloso y una cara que miraba en dirección a ninguna parte. Emanaba algo que te hacía querer acercarte a conocerla.

—Desprende poder.

El hombre trajeado lo miró extrañado ante su comentario. Su jefe ya estaba acostumbrado a sus caras. Con anterioridad, Iker le comentó que le resultaba raro, curioso y peculiar. Dijo que de primeras le pareció ser alguien más, pero que conforme lo conocía, sentía que era una persona que no encontraba todos los días.

—Sí, bueno, aquí te presento a la otra persona relevante. Se llama Clara. Ha creado una asociación de viajes peculiar. Se basa en una empresa que facilita, conecta y comunica a personas de diversas partes del mundo que quieren viajar a ciertos países y ver diferentes lugares. Permite hospedarse en casas por un módico precio y que se hagan actividades conjuntas con el arrendador.

—¿Pero eso no existe ya?

—Sí y no. Existe el hecho de conectar a gente para alquilar un lugar donde hospedarte unos días, pero aquí reside un componente social y emocional: las actividades conjuntas. Es decir, el huésped puede elegir qué lugares conocer de los que propone el propietario del hogar. Así, viajero y lugareño realizan aventuras juntos. La experiencia se vuelve más rica e intensa.

—¿Y eso funciona? No creo que las personas quieran tener tanto contacto con desconocidos.

—Sí. Mejor de lo que crees. Ten en cuenta que el lugareño sabe qué sitios visitar y pueden gustarle a un viajero; por ende, el que viaja mata dos pájaros de un tiro: tiene un lugar donde hospedarse y una actividad que hacer. Y el que muestra los diversos lugares a visitar, aparte de una compensación económica, también se mantiene activo en su vida. Es algo con lo que ambas partes ganan.

—Sorprendente. Supongo que es más fácil lanzarte a la aventura cuando vas con un guía.

El hombre trajeado se dispuso a coger otro papel y empezó a explicar quién era el siguiente comprador, pero el joven lo interrumpió:

—Ya es suficiente, Iker. Has hecho bien tu trabajo. Lo que quiero saber es cómo contactar con estas personas para elegir a quién le vendo los cuadros.

—Gracias. Por supuesto, para eso tienes los números de teléfono al final de las páginas. Todos ellos están interesados en la colección de los tres cuadros. Con respecto al cuarto...

—Ese no está en venta —respondió con aplomo.

—Ya, pero hay varios compradores que están dispuestos a pagar buenas sumas de dinero por él.

—No me interesa.

Iker lo miró con un gesto de extrañeza. Su jefe no era alguien a quien hacer cambiar de opinión cuando se le metía algo en la cabeza; él lo sabía muy bien.

UNA LLAMADA INESPERADA

Pasaron un par de días antes de decidirse a llamar a los posibles compradores de sus cuadros. Si era honesto consigo mismo, no tenía ni idea de a quién elegir. Los compradores estaban interesados en sus tres obras y todos estaban dispuestos a pagar el precio que él había pedido. Eso le hacía feliz.

Empezó por el primer número que vio y, uno a uno, contactó con ellos. Tuvo conversaciones de todo tipo. La mayor parte de ellos parecían entusiasmados por hablar con él; otros solo tenían interés en sus cuadros. Hasta que telefoneó a Susan, una mujer inglesa que vivía en España.

—*¿Hello?* —preguntó ella.

—*Hello, ¿do you speak Spanish?*

—Por supuesto. ¿Quién es?

—Soy el artista que creó los cuadros Dulzze, Remvio y Nol.

—Sí, me transmitieron todo tipo de emociones cada uno, por eso los quiero. Creo que has sabido plasmar muy bien tus emociones en ellos.

—Gracias. Te llamo porque estoy viendo a quién vendérselos y aún no lo tengo claro.

—Si es por claridad, podría darte más dinero para ver si te ayuda.

—No, no se trata de eso. Más bien se trata de que la persona que los tenga les dé una buena vida.

—Perdone mi ignorancia, pero no sé qué es una buena vida para un cuadro. Yo solo quiero exponerlos en mi casa.

—Esa es una vida excelente.

—¿Significa eso que me los vendes?

—No, al menos de momento. Si te vuelvo a llamar, será para hacer los trámites y dártelos.

Se despidieron y el joven se quedó pensativo. Susan era la última persona de la lista y no tenía ni idea de a quién venderle los cuadros. Decidió hacer deporte, para ver si moviendo el cuerpo despejaba la mente. Iba a salir de su casa, cuando su compañero de piso se le acercó para hablarle.

—Tío, esta noche hay fiesta en casa de Guille.

—Suena bien, podríamos ir.

—Lo que no sabes es que invita a sus amigas y ellas traen a otras amigas —dijo con la mirada iluminada, como si ese fuese motivo suficiente para ir a la fiesta.

—No creo que ir a un lugar solo para ver si la metes sea lo mejor. ¿Irías si no fuesen ellas?

—Sí.

—Entonces, vamos, y a ver si nos divertimos un poco.

Se chocaron las manos y su compañero se quedó en casa mientras él salía a correr.

A la vuelta, seguía sin saber a quién venderle los cuadros. Sentía que se aproximaba a un precipicio, que tendría que saltar y, en la caída libre, descubriría a quién vendérselos. Se fio de su intuición y se olvidó del tema.

Se tiró en el sofá y encendió la televisión para ver un capítulo con su compañero de piso, que era un fanático de las series.

—Tienes que ver la última película de Marvel, te va a fascinar.

—Si tengo algo de tiempo, quizá la vea —respondió el pintor.

—En serio, te atrapa muchísimo. Te comentaría más, pero no quiero hacerte un *spoiler*.

El artista miró a su compañero a los ojos y sonrió. Tenía al amigo que necesitaba para vivir en un piso. Hugo era un informático al que le apasionaban los números, las series y películas, la fiesta y, por supuesto, las mujeres. De personalidad tranquila y reflexiva, distante y, como compañero de piso, un poco frío pero maduro en asuntos del hogar y la cocina. Era un hombre que se podía quedar encerrado en su habitación con algún juego de ordenador o pasando el rato sabe Dios haciendo qué. Tendía un poco a la depresión y a la soledad, aspecto que chocaba con su actitud cuando salía de casa, donde tendía a usar el humor como herramienta social y a tener conversaciones superficiales con las que pasar el rato.

Cuando se estaban preparando para ver el capítulo de la serie, el joven pintor recibió una llamada. El número era desconocido.

—¿Sí?

—Acordamos que te irías por la mañana, sin dejar rastro, para continuar nuestras vidas separados.

El joven sonrió por dentro al saber quién lo llamaba.

—Bueno, no podía irme sin más. Compréndeme, pasé un buen momento contigo y me gustaría tener otros así.

Silencio. La veinteañera al teléfono tardó un poco más en responder.

—Es que eres tonto. Me complicas. No deberías haberme dejado tu número pintado en el espejo. Y encima escrito con mi pintalabios.

—Era de color rojo pasión, como la llama que nos une.

—Sabes que esto no puede salir bien. Tú eres un chico increíble y yo... una chica depresiva que no sabe muy bien lo que quiere en la vida.

—¿Y cuál es el problema?

—Que querré amarte cuando esté triste y que querré que me folles cuando esté feliz. Y me dijiste que no eres hombre de una sola mujer y eso me duele.

El joven se quedó callado para cuidar sus palabras y seleccionarlas con el máximo grado de empatía y tacto posible.

—Verás, yo ya siento amor hacia ti. No tengo que esperar a que pase el tiempo para sentirlo porque está ahí. Pero he de ser honesto contigo y decirte que te veo como una amiga a la que querer y con la que hacer el amor, pero una amiga, al fin y al cabo —trató de encontrar una metáfora que lo ayudase a expresar lo que sentía—. Te veo como si estuviese paseando por el campo y me encontrase con un animal que se me acerca, con el que juego y paso el rato. Pero, tarde o temprano, nos acabamos separando y seguimos cada uno su camino.

Él sabía que ser real y honesto con lo que sentía era lo más sensato en ese momento.

—¿En serio no crees que esto pueda durar? —preguntó ella.

—Puedo equivocarme, pero lo pongo en duda.

—¿Y por qué vivirlo, entonces?

El joven pudo palpar en sus palabras un deje de duda y miedo a un dolor futuro.

—Por el mismo motivo por el que te montas en una montaña rusa aun sabiendo que se va a acabar. Por el mismo motivo por el que quieres vivir tu vida tan bien como puedes y lo mejor que puedes antes de morir. Porque lo que nos ha pasado es un regalo y es algo que quiero vivir mientras esté aquí.

La mujer se quedó en silencio, como si estuviera valorando el camino que le planteaba vivir el joven, como viendo que siempre podía elegir no recorrerlo.

—No me gusta lo que me propones.

—¿Estás satisfecha y cómoda a mi lado?

—Sí.

—¿Y por qué no seguir estándolo?

—Porque luego puede doler.

—Que duela.

—No es tan fácil.

—Sí lo es.

La joven se quedó otra vez en silencio hasta que retomó la palabra:

—Está bien. Quiero volverte a ver.

—¿Qué tal pasado mañana, a las seis en la plaza de Sol?

—Perfecto, te espero en la estatua del Oso y el Madroño.

—Ahí nos vemos.

—Oye, quiero que sepas algo. Quiero que sepas... que espero que te equivoques y esto pueda durar.

El joven se quedó en silencio. Era honesto con lo que sentía, pero sabía que la vida, a veces y sin querer, puede cambiar.

—Estoy abierto a eso, pero no me hago esperanzas.

—Vale. Te quiero. —Colgó.

El pintor se quedó mirando el teléfono mientras su compañero de piso lo observaba con un bol de palomitas, como si lo que acababa de presenciar fuese algo fascinante.

—No sé cómo lo haces para decir eso y que ella quiera seguir contigo.

—La honestidad, autenticidad y claridad sobre lo que uno quiere o no en la relación son naturalmente atractivas en las relaciones de follamigas y pareja.

Hugo se quedó mirándolo como si su amigo hubiese dicho algo sabio y que le daba igual a la vez.

—¿Cuándo la conociste?

—Hace unos días. Me la presentó Pablo. Es su compañera de trabajo.

—¿Y está buena?

—Tiene los ojos verde pardo.

—No me has respondido —insistió Hugo.

—Tras conocerla, quise acostarme con ella.

—Ya, pero tú te acostarías con todas. Tú amas a las mujeres.

—Como tú.

—No sé si tanto.

Rieron un poco, y encendieron la serie para desconectar de sus vidas y conectar con algo que los ayudaba a fluir y pasar el rato. Solo que sin mucho éxito por parte del pintor. Su mente se iba a la conversación que había tenido con la chica, y a su proposición de crear algo que durase. En el fondo de su corazón, una llama de esperanza comenzó a arder, pero no quiso alimentarla, no quería tener algo serio en el presente. O eso se decía.

VESTIDO ROJO PASIÓN

Cuando llegaron a la fiesta, fue el mismo Guille el que les abrió la puerta de su casa. Era alto, de pelo moreno y ojos oscuros, sonreía por compromiso, aunque tampoco mucho. Era una persona con la que se llevaba bien, con la que podía tomarse algo y pasar el rato, y alguien que, a su vez, conocía a todo el mundo. Hecho que quedaba demostrado en el hogar.

La fiesta se celebraba en el jardín, en el que había unas cuarenta personas, de las cuales la mitad eran mujeres. Hugo miró con cara entusiasmada a sus amigos; se veía a la legua lo que quería vivir esa noche.

—¿Cómo vas con tus cuadros? ¿Ya has encontrado compradores? —preguntó Guille.

—Sí, pero aún no he decidido a quién vendérselos. ¿Y tú que tal con tu página web y los infoproductos?

—Ahí van. Ya llevo varios meses dando publicidad a las herramientas de *marketing* que se pueden usar para vender, así como de qué manera puedes crear algo que guste a la gente. A ti eso se te da bien, podrías aparecer en alguno de mis vídeos de YouTube.

Iba a responderle cuando Dani, un compañero de cuando iba al instituto, apareció:

—¡No sabía que estabas aquí! Creía que seguías en Canadá —comentó con alegría su viejo amigo.

—Volví hace un par de semanas. ¿Qué tal tú con tu deporte?

—Genial. Llevo dos meses escalando y me encanta. Es más, me estoy poniendo moreno y todo.

Siguieron conversando mientras pasaba el tiempo, cuando algo captó la atención del pintor: una mujer con un vestido rojo pasión, de melena dorada, con unos labios rubí y una sonrisa que afloraba cuando hablaba con sus amigas. Aquella fémica tenía presencia. El joven se quedó absorto admirándola y ella lo miró.

Duró un momento, pero pudo sentir el latir de su corazón al mirarla a los ojos. Del vientre empezaba a aflorarle una llama con una intención muy clara sobre lo que quería con ella. Quizá habría sentido más, pero aquella joven apartó la mirada. Por suerte para él, Hugo estaba en el grupo donde se encontraba ella y jugaban a algún juego de beber. El artista se acercó a su amigo y se unió al círculo de gente.

El tiempo pasaba mientras algunas personas bebían o se mandaban beber. Poco a poco, fueron emborrachándose cada vez más. Entablaron diferentes conversaciones. Siempre le resultaba raro hablar con borrachos cuando él estaba sobrio, pero le llamaba la atención la chica del vestido rojo:

—¿De qué conoces a Guille?

—No lo conozco yo, sino mi amiga Ana. De un curso que ofrecía tu amigo. Se cayeron bien y fueron conectando hasta empezar a verse más a menudo. Ana me invitó a la fiesta, y quise salir y divertirme.

—Mola.

Dejaron de hablar y siguieron con sus amigos. Él quería entablar alguna conversación, pero sabía que cuando las cosas no fluían, era mejor dejarlas ir. Hugo se centró en él y acabaron teniendo una charla profunda.

—¿Eres feliz? —le preguntó a Hugo.

—A medias. No puedo decir que sí, pero tampoco soy infeliz. ¿Y tú?

—Lo soy. Y vivo mi vida de una manera que me sorprende a nivel interno. Es decir, no creía que se pudiera vivir como lo hago. Es como si todo estuviese más reluciente, como si hiciese las cosas que me aportan felicidad, como si estuviese involucrado con mi vida.

—Suená bien.

—Mucho. Creo que ayuda lo que hago. El trabajo, el deporte, las chicas... Creo que tales cosas me aportan un grado de felicidad. Conforme voy sumando una cosa a otra, me doy cuenta de que vivo una vida que me encanta. Y eso me sorprende.

Hugo lo miró como si escuchase una historia bonita. Parecía estar cómodo.

—He dejado de fumar —dijo su amigo.

—¿Y eso?

—Estaba cansado. No sé muy bien por qué lo hacía. Quizá por algo social o tal vez porque llevaba haciéndolo de manera automática durante años. Lo único que sé es que me he cansado y ya no quiero más.

—Pero, ¿cuánto llevas sin fumar?

—Siete días. Y, de momento, sin mono.

—Eso está muy bien. Ahora solo falta que te vengas conmigo a correr.

—Oye, que seré un chico más sano, pero tampoco tanto.

Ambos rieron y comenzaron a hablar de mujeres.

—¿Y de chicas? ¿Ya has conocido a alguna?

—Tío, vivimos en la misma casa, de ser así creo que tú lo sabrías.

—Bueno, pero me preguntaba si te interesa alguna.

—No. Es decir, el otro día me acosté con una, pero no hemos hablado mucho por WhatsApp.

—Me sorprende. ¿Tienes un momento íntimo y pasional con una chica y puedes pasar de ella tan fácilmente?

—A ver, a veces me acuerdo de ella, pero sí, fue solo sexo.

El pintor se quedó pensando cómo era posible, cuando se percató de que la chica del vestido rojo pasión y melena rubia estaba mirándolos, atenta a la conversación.

—Si quieres unirme a la charla, puedes hacerlo —dijo él.

Ella sonrió.

—Me resulta interesante lo que habláis.

—Ya, es entretenido hablar de temas eróticos.

Los tres sonrieron y fue el artista el que le preguntó:

—¿Y tú qué piensas al respecto?

—Ha habido veces en las que me he acostado con un chico sin sentir nada. Y ha habido veces en que, precisamente por no sentir nada, no quería vivirlo.

—Ya, hacerlo con alguien a quien quieres es más satisfactorio —comentó Hugo.

Siguieron conversando sobre el tema, narrándose cuánto tiempo llevaban sin tenerlo o el cómo les gustaba vivirlo. Poco a poco, el pintor y la chica rubia se fueron acercando más y más, y fueron experimentando una extraña y peculiar conexión. Era como si dos imanes se fuesen atrayendo despacio y, conforme más se acercaban, más fuerte era la atracción.

—¿Y tú ahora estás con alguien? —preguntó la mujer.

—Quiero volver a ver a una amiga que conocí, pero, de momento, no es nada serio.

—¿Y te gustaría que lo fuese?

El joven se quedó pensativo, planteándose un posible futuro.

—Nunca he tenido pareja. He conocido el amor a través de mis amigas, pero no en un sentido de relación formal.

La chica lo miró a los ojos, como sorprendida.

—No te creo.

—También tiene su porqué. Hace unos años me centré tanto en algo que dejé todo a un lado para conseguirlo. Y eso incluyó también a las mujeres.

—¿Qué hiciste?

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

—Quizá en otro momento.

Se hizo el silencio, pero fue el joven el que retomó la conversación.

—¿Y tú tienes algún chico por ahí?

—No. Aunque a veces echo de menos la compañía de un hombre.

—Es normal, estamos hechos para querernos y tener sexo.

—No sé si es buena esa dependencia.

—Gracias a ella nos unimos y vivimos cosas bonitas. Yo diría que es muy buena.

La chica le sonrió levemente y él le hizo la siguiente pregunta:

—¿Te acostarías conmigo?

—Puede.

Se quedaron mirándose a los ojos, como sintiéndose en una burbuja impenetrable e irrompible. Era tal el grado de conexión que sus cuerpos hicieron el resto por sí solos: los rostros se fueron acercando, los ojos se cerraron y los labios se besaron.

En esos momentos de cercanía e intimidad, sintieron que querían vivir algo más. No supieron cuánto tiempo estuvieron besándose, y quizá por esa fluidez o bienestar tampoco se percataron del trayecto a casa de él. Se les pasó volando mientras se contaban alguna experiencia bonita, o se sentían incómodos por el silencio o en paz en el mismo.

Ya en casa, fueron directos a la cama. Se quitaron la ropa y contaron la distancia en besos desde sus bocas a sus genitales. Sudaron pasión, se miraron a los ojos y sintieron esa conexión mutua. A base de caricias, miradas, besos, gemidos, sudor y risas pasaron la noche, acabando con orgasmos y la sensación de estar dichosos.

—Lo necesitaba —comentó ella.

—¿Hace mucho que no lo hacías?

—Unas semanas. Había olvidado lo bien que siento. —Se dieron un beso y se quedaron hablando, desnudos en cuerpo, mente y alma—. ¿Te ha gustado?

—Claro. Es un poco incómodo la primera vez, pero porque aún no te conozco. Supongo que te pasa lo mismo. Aun así, ha estado bien. ¿A ti te ha gustado?

—Ha sido natural y honesto, y eso lo valoro. Ya sabes, poder decirte cómo me siento y qué quiero. Además, se te da bien y se ve que lo disfrutas. A la mayor parte de los chicos los veo pensando en otras cosas mientras lo hacemos, en vez de estar aquí, relajarse y disfrutar.

—Ya. —La miró a los ojos y se quedó en silencio, admirándola, sintiendo amor recorriéndole el cuerpo—. Aún no sé cómo puedes ser tan preciosa.

Ella se sonrojó y se quedaron abrazados, en silencio, sin nada más que decir, solo viviendo ese momento del modo en el que era.

UNA CHARLA SOBRE CHICAS

Ella se marchó por la mañana, con la sonrisa grabada en el rostro y la ilusión impregnada en la mirada. Se despidieron con un beso y cada uno continuó su camino. Ella, feliz; él, igual.

Se tiró en el sofá mientras se sorprendía con su propia vida. Podría acostumbrarse a muchas cosas, pero no a estar satisfecho. Se quedó relajado y tumbado mientras la tele sonaba de fondo. Ni siquiera la veía, su cabeza flotaba en una nube de felicidad. Se sentía como si hubiese entrado a una tienda de chuches, hubiese visto un caramelo que le entraba por los ojos, lo hubiese comprado y se lo hubiese comido. Era como el niño más feliz del mundo o como el adulto que ya tiene tanto que no pide nada más.

Su inesperada felicidad le hizo perder la noción del tiempo y hasta que Hugo no salió de su habitación no reaccionó.

—Hola. —Si la resaca tuviese voz, sería la de su amigo.

—Hola. ¿Cómo fue tu noche?

—Conocí a una chica, Alba. —Se sentó junto a su amigo—. La que era guapilla y se reía raro. Estuvimos hablando y nos acabamos liando. Tengo su número.

—Qué bien. Espero que disfrutaseis.

—Lo hicimos. —Puso cara de recordar algo que le gustó vivir—. Ya vi que te fuiste con esa chica rubia. ¿Cómo se llamaba...? Da igual. ¿Qué pasó al final?

—Se ha ido hace un rato.

—Venga ya.

El artista miró al informático, que, sin terminar de creerse lo ocurrido, continuó hablando:

—Tienes que enseñarme a hacer eso. ¿Cómo puedes conquistarlas?

—A ti te fue bien anoche.

—Sí. —Sonrió con picardía, parecía recordar algo—. Pero no me pasa a menudo. Mantengo mi pregunta.

—Lo primero, a una persona no se la conquista. Y lo segundo, no hago nada. Es lo que soy. Y lo que no está en mi poder, no está en mi poder.

Hugo lo miró como si su amigo hubiese dicho algo sabio y frunció el ceño.

—Me cuesta entenderte.

—Es como un río. Tú te bañas en él y va sucediendo todo. No controlas el agua que te llega ni cómo de fuerte es la corriente. Usas lo que va llegando de tal modo que te sirva y te dé resultado. Tu parte es tener un buen cuerpo que nade bien en el río, un buen bañador que no se te vaya y una buena técnica de nado. Ah, y saber disfrutar. De lo demás, no tienes control.

El informático se quedó mirándolo como pensativo.

—No sé si me lo estás aclarando.

—Digo que tú puedes hacer tu parte, pero hay cosas que escapan a tu control y has de dejar que sean del modo en el que son.

—Creo que te voy entendiendo. ¿Pero no crees que lo que tú eres influye en las personas?

—Pero no las reduce tu influencia. Es fácil divertirse con alguien que se lo pasa bien, pero no porque esa persona sea divertida tú te vas a divertir, ¿verdad?

—Sí.

—Digamos que con las chicas tienes un grado de atractivo natural, algo que no es solo físico, sino que...

—Pero el físico cuenta. Hay tías que solo se fijan en eso.

—Mí teoría es que se fijan en eso porque no han conocido nada más. No han visto una personalidad con rasgos que naturalmente atraen, lo suficiente desarrollados como para sentir una atracción y gusto natural hacia esa persona.

—¿Rasgos como cuáles?

—Visibilidad. —Su amigo lo miró con ojos resacosos y con cara de poca comprensión—. Mostrar lo que sientes del modo en el que es. Creo que es esencial en una relación, ya sea de pareja o follamiga.

Hugo reflexionó y, curioso, preguntó:

—¿Y crees que solo con eso vale?

—¿Tú saldrías con alguien solo porque es visible?

—No.

—¿Cuántos rasgos que produzcan una sensación de conexión y atracción en ti crees que son necesarios para querer tener una relación con alguien?

—Hmm, déjame pensar. Creo que no muchos. Con que esté buena me vale.

—Te vale para acercarte, incluso para querer acostarte con ella. Pero ¿el que esté buena es suficiente para mantener vuestra relación, sea cual sea?

—No. De hecho, si no me gusta como es, por muy buena que esté, no quiero nada.

—Entonces, llegamos a una parte interesante. La belleza no lo es todo y hay más cosas.

—Pero no creo que sin belleza quiera acostarme con una persona.

—Te daría la razón, pero ¿qué rasgos crees que son naturalmente atractivos en una persona?

—Que trabaje, que tenga éxito, que...

—¿Crees que solo por eso te vas a sentir atraído hacia una persona? Creo que hay muchas mujeres trabajadoras y con éxito que están por ahí y puede que no te atraigan lo más mínimo.

—A ver, me atraen, pero quizá...

—En un sentido más laboral o de otro tipo de relación.

—Sí.

—Volvemos al mismo punto. ¿Qué crees que es valioso en una relación? ¿Qué amas vivir cuando tienes pareja? ¿Qué disfrutas de la otra persona?

Hugo meditó un poco las preguntas hasta que comentó:

—La sinceridad, la comunicación, el poder estar bien juntos y que ella tenga más vida aparte de mí.

—Acabas de decir varias cosas atractivas. Cuando una mujer es así contigo, ¿crees que lo que tenéis podría marchar?

—De inicio no sé, creo que me seguiría fijando en la chica guapa.

—Pero ¿y si le das tiempo?, ¿y si la ves un día sí y otro también, y vais creando una relación en base a eso, aunque sea de amistad?

—Creo que empezaría a verla con otros ojos. —Hugo llegó a una conclusión que le sorprendió—. No es solo el cuerpo lo que atrae.

—Ni tampoco lo que determina el éxito y el fracaso de una relación. Con esto no quiero decir que el cuerpo no exista y no se disfrute; ten un buen cuerpo. Haz deporte, aliméntate bien, viste como te gusta y, aparte de hacerte más feliz, verás que las demás personas se sienten más atraídas hacia ti.

—A mí una chica no me gusta solo por eso.

—Pero seguro que la aprecias más como persona y te parece más estético un cuerpo así que el mismo sin esos hábitos.

—Sí, eso sí.

El informático volvió a quedarse en silencio hasta que preguntó:

—¿Qué cosas atraen más en una relación de pareja?

—Digamos que el cuerpo es relevante. Es tu carta de presentación y tu estilo de vida a la vez. Encarna eso. Un cuerpo musculoso dice mucho de la persona que lo tiene, lo mismo que uno bien vestido. Es lo primero que vamos a percibir de la otra persona, así que mejor tenerlo cuidado. Ahora bien, es posible que, por mucho que vistas bien y estés fuerte, las chicas se fijen en el chico guapo solo porque lo es.

—No es justo.

—Tú también te has fijado solo en las guapas, aunque como personas fuesen menos valiosas que chicas más normales.

Hugo se quedó en silencio.

—¿Por eso tú no siempre te acuestas con chicas guapas?

—Comprendo que hay otras cosas que valen en una relación de pareja. Si hay suficientes, prefiero estar con una chica que no sea bella a con una que sí lo sea.

—¿Qué cosas son valiosas?

—Más allá del cuerpo y la visibilidad, para mí están la confianza, la seguridad, la transparencia, la naturalidad, la autenticidad, el ser real, el mostrar las cosas tal y como son, que ella sea una alfa y puta ama. Y así.

—Son muchos rasgos.

—Tampoco necesitas muchos. Digamos que conoces a una chica que es visible, que es auténtica con lo que siente y que tiene esa aura de ser alfa y puta ama. Ah, y que, de algún modo, al estar cerca de ella, sientes que es una potencia sexual. Dime, ¿no te atraen esas cosas?

—Sí, pero no sé si al punto de querer algo con ella.

—¿Seguro?

—No lo sé.

—Ojalá conozcas a una mujer así y veas que las cosas que atraen de una persona pueden ir más allá del físico.

—¿Has encontrado a alguien así?

—He conocido chicas de todo tipo y, tarde o temprano, acabo encontrando cierto amor en mí que vive en relación con ellas. —Una sensación bonita le brotó en el pecho—. Ahora bien, si una mujer tiene alguno o varios de esos rasgos, creo que me quedaría con ella.

—Es decir, no has conocido a gente así.

—¿Tú sí?

—Tú tienes algunas de esas cosas que dices.

—Por eso atraigo a las chicas.

—Pero no de primeras.

—No, suele ser de segundas. Conforme más estoy con ellas y más pasa el tiempo, más se va dando la atracción. Es lo natural. Y lo he vivido tantas veces que tengo la seguridad de que va a ser así.

Los amigos se quedaron satisfechos con la charla que habían tenido. Se quedaron en silencio, uno a cada lado del sofá. El artista, feliz por el sexo que había tenido; el informático se dirigió a la cocina a beber agua, previendo que la resaca le duraría el día entero.

CITA

Se había puesto una camisa azul oscura, unos pantalones vaqueros y unos zapatos elegantes. Siempre le gustaba llevar zapatos en la primera cita, era una manía que tenía. Ella, por el contrario, había optado por algo más sensual. Sabía que le daba poder y quería usarlo a su favor. Llevaba unos vaqueros apretados que le resaltaban el trasero y un escote lo suficiente pronunciado como para que alguien se quedase mirando sus senos.

Cuando llegó a la plaza de Sol, la vio junto a la estatua del Oso y el Madroño; alternaba la mirada entre el enorme río de gente y su móvil. Se veía inquieta. Él la sorprendió por la espalda.

—Ey.

—¡Ey! ¿Qué tal? —Sus ojos verde pardo irradiaban cierta ilusión.

—Bastante bien. He tenido unos días intensos. ¿Y tú?

—Pues en el trabajo...

Comenzaron a caminar y ella le habló de que su jefa la tenía llena de tareas. Como se dedicaba al *marketing* y la publicidad de su empresa, tenía que estar reinventando nuevas maneras de promocionarse, además de crear eventos para las próximas semanas. Tenía que contactar con una empresa de *cáterin*, además de conectar a todo tipo de personas que pudiesen interesarles ir a tales eventos para generar acuerdos comerciales.

—Básicamente, suena a que organizas fiestas donde se junta todo tipo de gente.

—Sí. De todo tipo. Lo bueno es que no siempre se dan acuerdos que tienen que ver con nuestra empresa. Es decir, llegan personas con diferentes conocimientos y habilidades, con productos únicos a la espalda: informáticos, ingenieros, agentes de publicidad y personas que se dedican a la rama del deporte. Al fin y al cabo, nuestra empresa va de eso, del deporte.

»Como es tan grande y se ha expandido a lo largo del mundo, estos eventos juntan a personas tan diversas que, al final, gente que quería acuerdos solo con nosotros acaba teniendo tratos y compra-venta de productos con otras personas.

—Mola. ¿Cuántos llegáis a ser? —preguntó con curiosidad.

—Centenares a veces. Resulta sorprendente lo que puede mover a la gente el dinero y los negocios.

—Sí.

—Por cierto, ¿tú a qué te dedicas?

—Soy artista.

—¿De qué?

—Escribía libros en su día. Lo disfruté y me fue bien mientras duró.

—¿Y qué pasó?

—Dejé de querer escribir. Me transformé y vi que había otras cosas que también me gustaba hacer y comencé a hacerlas.

—¿Cosas como qué?

—Del mundo del arte, como la pintura.

—No me puedo creer que seas pintor.

—¿De qué tengo cara?

—Mmm. —La mujer lo miró de arriba abajo—. De chico deportista y, quizá, de empresario. Sí, diría que tienes una empresa y que, más o menos, te va bien.

El hombre le sonrió mientras dijo:

—Oye, pues no vas desencaminada. ¿Y sabes? De ti diría que se te da bien el *marketing*, pero también creo que eres una amante de la naturaleza. Cuando te miro a los ojos, me da la sensación de que no te importaría nada trabajar en un vivero.

La chica se quedó dubitativa, como si el joven le hubiese llegado dentro, a un punto en que no se había adentrado nadie. Confiando en aquel hombre, le contó sus dudas.

—A veces, pienso en trabajar en algo así. Siempre me gustó ir a la naturaleza, estar en contacto con los árboles y ver las flores. Siempre amé la primavera. Es como si la vida sonriese en esa estación, como si todo volviese a vivir y las cosas fuesen bien.

—Me gusta cómo lo vives.

—A mí también.

Se quedaron en silencio mientras caminaban hacia una tetería.

—¿Aquí? —preguntó ella.

—Es un buen lugar, te gustarán los tés que sirven y las pastas. Dios, es verdadero amor lo que siento por ellas. —La mujer le sonrió al tiempo que entraban y se sentaban en una mesa.

El tiempo fue pasando mientras hablaban de temas superficiales, como de la ropa que llevaban o de que el escote de ella le quedaba muy bien. También intercambiaron impresiones sobre series que habían visto. Empezaron a sentirse más cómodos juntos y, de manera natural, se fueron dando besos y recibiendo cariño. Antes de que se diesen cuenta, se sentían como en una burbuja, protegidos, alejados del ruido del entorno, solo ellos dos. Sin necesidad de más.

—Pareces un buen chico —comentó con voz tierna.

—Lo mismo podría decir de ti —respondió mientras le acariciaba la pierna.

—Quiero confesarte que soy de sentir mucho y muy rápido.

—Ya somos dos.

Se quedaron mirándose a los ojos y ella continuó hablando:

—Pero es que ahora... me pillas en un momento complicado de mi vida. Estoy un poco triste y a veces pienso que quizá no sea lo mejor estar con un chico. Otras veces, creo que sí, que podría irme bien.

Él la miró a los ojos, como viéndole el alma, y le preguntó:

—¿Qué es lo que realmente quieres vivir en una relación de pareja o follamigos?

—Vivir. Y con el tiempo ir viendo qué es lo que quiero, si estar sola, tener un follamigo o una relación de pareja estable.

—Esa es tu verdad y sabiduría. Así que podemos probar y mientras vas viendo qué es lo que quieres.

Se volvieron a besar y ella lo invitó a ir a su casa para cenar. El pintor aceptó.

La casa era pequeña y, cuando entraron, la compañera de piso estaba viendo la televisión. Apenas intercambiaron saludos y se dirigieron a la habitación de la chica de ojos verde pardo. Nada más entrar y cerrar la puerta, ella comenzó a desvestirse.

—¿Pero no íbamos a cenar? —dijo él con un tono de sorpresa e incredulidad, aunque solo quería vacilarle.

—Vaya, creí que cuando te dije lo de ir a «cenar» habías captado la indirecta... —Ella se sonrojó—. Pero, si quieres, podemos hacer la cena ahora y...

—Tranquila, que te estaba tomando el pelo. —La rodeó con los brazos y le dio un beso a la vez que sonreía.

Siguieron quitándose la ropa, dejándose llevar por el momento. Estaban a gusto, haciendo el amor. Pasaron el tiempo diciéndose algún comentario gracioso, se miraron a los ojos, se acariciaron no solo la piel, sino también el alma, y sintieron cómo los dos pasaban a ser un único

ser.

Cuando acabaron, ninguno de los dos tenía noción de cuánto tiempo había pasado, pero estaban tranquilos. Ella, rodeándolo con un brazo; él, sintiéndose querido.

—Es estar contigo y todo se ilumina —comentó la mujer.

Él la besó y se quedaron tumbados, dichosos.

UN DÍA MÁS

Quería tener un día tranquilo, sin preocupaciones, sin quehaceres. Quería olvidarse de todo por un tiempo, bajar el ritmo acelerado y lleno de emociones. Lo planeó todo para darse uno de esos días que él consideraba de vacaciones: hacer algo de deporte por la mañana y ver una nueva serie con su amigo Hugo. Era un buen plan. Había días que estaban hechos para no hacer nada y vagar, y ese era uno de ellos.

Después de comer, mientras veían los capítulos de la serie que a Hugo le interesaba, recibió una llamada de Iker, su mánager:

—Te llamaba porque me voy a tomar unas vacaciones de un par de semanas, para que lo supieras. Te lo digo porque, si tienes algo que mandarme, lo haré sin problemas, pero a distancia.

—Genial. De momento no tengo nada que pedirte.

—Perfecto. Por cierto, ¿ya has vendido los cuadros?

La pregunta tomó al artista por sorpresa. Se había olvidado del tema.

—La verdad es que aún no. Todavía no sé a quién vendérselos y voy a necesitar meditarlo un poco más.

—¿Y qué me dices del otro cuadro?

—No está en venta.

—Sí, sí, ya lo sé. Pero ¿qué vas a hacer con él?

—Tenerlo colgado en mi habitación, de momento. Aunque más adelante tengo algo en mente.

—¿Y puedo saber qué es?

—No.

Iker se quedó callado. Sabía que a su jefe no se le hacía cambiar de opinión, sobre todo cuando tenía algo claro.

—Bueno, si algún día te apetece contármelo, que sepas que puedes decírmelo.

—Lo tendré presente. ¿A qué lugar viajas? —preguntó desinteresadamente.

—Al sur de España, a un pueblo de Cádiz. Quiero tomar el sol y despejarme un poco. Tanto trabajo me mata.

—No será por mí.

—No, eres el jefe que menos me hace trabajar, pero tengo otro que es un no parar. Le he pedido un par de semanas de descanso porque ya estoy quemado de currar tanto.

—Disfruta de tu viaje.

—Gracias.

Se contaron un par de cosas más a la vez que colgaban los teléfonos. Luego, los dos compañeros de piso siguieron viendo la serie.

AYUDANDO A UN AMIGO

Hugo se mordía levemente las uñas mientras andaba de un sitio para otro.

—¿Crees que estoy guapo? —Llevaba una camisa roja, unos vaqueros oscuros y unas deportivas negras y blancas.

—Creo que vas bien. —El pintor lo miraba, relajado en el sofá—. ¿Has quedado con esa chica? ¿Cómo se llamaba...?

—Alba. Sí, la veo hoy. Y estoy un poco nervioso.

—No lo parece —bromeó.

—¿Tanto se me nota? Es que no lo quiero estropear, es decir, ella es...

—Una chica más.

—No, es única. No he conocido a nadie así. Se puede conversar de todo con ella, incluso de esas cosas de las que no hablas con nadie —su manera de verlo denotaba idolatría.

—Bienvenido a la vida. Eso pasa con las mujeres.

—Pero no con todas. Lo que te quiero...

—Sí, pasa con todas. Sobre todo, si hay conexión y os lleváis bien. Ella no es mejor que las demás ni superior ni alguien a quien poner en un pedestal.

—Sí es mejor. De hecho, tendrías que verla y conocerla para corroborarlo.

El artista puso los ojos en blanco.

—O quizá tú tengas que conocer mejor a la gente con la que convives y te rodea para ver que todos tenemos nuestro mundo interior.

Hugo se quedó callado y el antiguo escritor prosiguió:

—Escucha, sé a qué te refieres y es bonito encontrar algo así, pero ella sigue siendo humana, ¿vale? Tiene sus cosas buenas y malas, sus cosas bonitas y las que no quieres ver. Lo que pasa es que os acabáis de conocer, y crees que es perfecta y la idolatras. Si quieres hacer eso, está bien, pero no te ciegues de más. Ella sigue siendo una persona.

—Vaya ánimos me das.

—El amor se vive de manera natural cuando ves a las personas por lo que son y no por lo que crees que son.

El informático lo miró como si captase su mensaje.

—Creo que sé a qué te refieres.

—Bueno, no pretendo quitarte las ganas ni el entusiasmo con ella. Es posible que sea una persona fantástica. Solo digo que es humana también.

Se quedaron un poco en silencio.

—¿Me das algún consejo? —le pidió Hugo.

—No te pases con la colonia. —El informático se sorprendió e hizo ademán de olerse—. Tranquilo, te estaba vacilando. Creo que la ayuda te la tienes que dar tú.

—Pues ahora mismo no sé cómo.

El escritor se enfocó en su amigo, tratando de que se diese las respuestas a sus preguntas.

—Si yo estuviese en tu situación, si yo fuese como tú y viviese la vida que tú vives, si me tuvieses enfrente, ¿qué consejo me darías para ayudarme?

—Te diría que dejes las cosas fluir.

—¿Y de qué temas me aconsejarías hablar con ella?

—Diría que eso es algo que surge sin más.

—Bien, pues ya te has dado una ayuda. Eso que has dicho es tu verdad y tu sabiduría. Solo tienes que aplicarla para que te sirva y te dé resultado.

Hugo lo miró como si hubiese encontrado algo que podría resultarle útil en la cita.

—Pero no sé si así le gustará.

—Gustar a las personas no está en tu poder, pero sí lo está ser.

—Pareces un filósofo.

—Tengo mis cosas.

—¿Y algún consejo con el sexo?

—¿Qué consejo me darías a mí si estuviese en tu situación?

—No sé.

—Mmm, entonces te puedo decir algo que me gusta, como acariciar el cuerpo.

—Bueno, pero eso no es para tanto.

—¿Lo has probado bien? En un estado de excitación, eres más sensible y las caricias tienden a sentirse más. También puedes probar a darle placer en los pezones, aunque te recomiendo que comiences por los tuyos cuando te masturbes. Quién sabe, quizá llegues a ver que se pueden tener orgasmos ahí.

—¿En serio?

—Sí. El cuerpo humano es capaz de vivir todo tipo de experiencias en el sexo y, más allá de los orgasmos, hay otros placeres interesantes. Como el mero hecho de estar relajado, presente y disfrutando de lo que vives.

—Ya... Pero, si disfruto mucho, acabo rápido y tampoco quiero eso.

—¿Has probado a estar tan relajado como excitado? Estando ahí, presente, disfrutando de lo que vives. Puedes practicar un poco cuando estés a solas contigo mismo, así vas conociéndote mejor en el sexo de esa manera.

—Vale. ¿Y qué me dices de los multiorgasmos? Alguna vez te he escuchado hablar de eso. ¿Cómo haces para tenerlos?

—Prefiero disfrutar de la experiencia y pasármelo bien.

—Pero podrías contarme cómo los vives —sugirió Hugo con una sonrisa en la cara.

—Quizá otro día. Creo que es más útil lo que te he dicho que el hecho de reducirte a querer ser multiorgásmico.

Siguieron hablando de sexo y de ciertas experiencias vividas hasta que Hugo tuvo que irse, camino a una cita, mientras dejaba a su compañero meditando sobre a quién venderle los tres cuadros.

CONOCIÉNDOSE UN POCO MÁS

Lo besó y salió de la cama. Su silueta desnuda se movió hacia la ropa y se vistió.

—Estás mejor desnuda, y más si es a mi lado —dijo él.

—¿Apenas me he levantado y ya me echas de menos?

—Sí.

La chica apartó la mirada mientras sonreía. Él se levantó y la rodeó con los brazos al tiempo que la daba un beso. Aquel momento íntimo los unía y nada podía disolverlo. La mujer rubia bajó la mano y agarró el miembro del joven. Él agarró con fuerza el culo de ella a la vez que le daba un beso. Estaban tan excitados como cariñosos y volvieron al colchón a hacer el amor.

Cuando el pintor se levantó de la cama, se encaminó a la terraza de la casa. Le apetecía ver la ciudad desde allí. Deseaba olvidarse de las cosas por un tiempo. Quería Ser.

Se sentó en una silla y contempló lo que lo rodeaba. Su vida era una locura, un tren lleno de emociones que iba y venía. A veces, necesitaba calma y otras le apetecía seguir. En ese momento de relajación, supo a quién le vendería sus obras de arte. Lo vio claro y la llamó.

—¿Sí? —le respondieron al otro lado del teléfono.

—Hola, soy el pintor. La llamé el otro día para...

—Sí, sé quién eres, guardé tu número. ¿Has decidido ya a quién vas a venderle tus cuadros?

—Sí, a ti.

—Genial —respondió, alegre—. ¿Y cómo lo hacemos? ¿Quedamos en algún sitio?

—Si quieres, pueden llegar a tu casa en un par de días. Allí podremos hacer la transacción económica y dejar todo hecho.

—Perfecto.

Se notaba a la legua que la mujer estaba más que satisfecha. El artista le pidió un par de datos para concretar la hora para quedar, y ella le propuso tomar algo y charlar un poco ese mismo día, a lo que él aceptó.

Cuando colgó el teléfono, se dio cuenta de que la mujer rubia con la que se había acostado estaba a su espalda.

—¿Quién era? —preguntó ella.

—Una mujer. La he llamado por trabajo.

—¿Y en qué trabajas?

Él la miró en silencio y obtuvo de ella una respuesta inquieta:

—¿En serio me vas a dejar con la duda?

—No me apetece hablar ahora de ese tema.

—¿Y si te ayudo a que hables?

—¿Cómo?

—Puedo contarte a qué me dedico y luego puedes hablarme de tu trabajo.

El hombre le sonrió mientras ella se apoyaba encima de sus piernas.

—Cuenta.

—Soy maestra. De cuarto de primaria, concretamente. Me gusta enseñar a los niños, ayudarlos en sus estudios y hacer actividades originales con ellos.

—¿En plan?

—El otro día los llevé al parque para que se divirtieran un poco. La escuela no tiene que ser

siempre estudiar. Y también me encanta que hagan actividades creativas como pintar, tocar algún instrumento o el deporte. Aunque de esto último se encarga otro profesor.

—Está bien que aprendan otras cosas además de las típicas matemáticas y lengua. ¿Tocáis algo de las emociones? —preguntó con curiosidad.

—A veces. Les enseñamos a expresarlas por colores. Incluso con los dibujos que hacen se ve bastante bien lo que llevan dentro. Hay niños que expresan ideales, ira, agresividad o furia.

—¿Cómo sabes eso?

—Si una niña pinta a una mujer bonita y bien vestida, a menudo sabes qué significa. Y si un niño pinta algún monstruo lleno de pinchos y que dé miedo, también. Aunque no soy una experta y me ayuda bastante el conocimiento que me aporta una pedagoga.

—Eso es interesante. Y siendo su maestra supongo que verás muy bien qué personalidades tiene cada uno y cómo ayudarlos a desarrollarlas bien.

—En cierto modo sí —hablaba mientras jugaba con el pelo del joven—. Lo que suelo ver es que los niños muy dejados tienen padres que son similares. Y los que están llenos de problemas tienen bastantes problemas en casa. Los pequeños a los que les van bien las cosas son los que tienen padres más liberales, comprensivos y sabios. Esos niños suelen estar bien encaminados.

Siguió contándole más detalles hasta que quiso saber más de él.

—Bueno, es tu turno. ¿A qué te dedicas?

—No dije que te fuese a responder. —La mujer comenzó a protestar y él se rio ante su reacción—. Es broma. Te responderé. Soy un amante del arte. Alguien que se deja envolver por las diferentes expresiones del mismo y que se dedica a este, ya sea en un terreno u otro. Por ejemplo, actualmente soy pintor, pero creo que voy a dar un cambio al respecto. De algún modo, siento que ya he pintado casi todo lo que quería y me gustaría hacer otras cosas.

—¿Eres pintor? No me lo puedo creer. ¿Pero solo trabajas de eso?

—No, hago otras cosas, pero no es algo que me apetezca compartir.

Ella guardó silencio un rato y prosiguió la conversación:

—¿Y qué tal te va?

—Muy bien. Todo me llega cuando me tiene que llegar. La creatividad me surge, ni siquiera tengo que buscarla. Es como estar en una casa que tiene una ventana. Lo que se ve a través de la ventana es el cuadro que quiero pintar o el tipo de arte que en ese momento desee desarrollar. La inspiración me llega sin más y, cuando aparece, es como si esa ventana se abriese y me quedase observando el paisaje. La gente piensa que yo creo lo que hago, pero, en cierto modo, no es así. La imagen que pinto ya está creada en mi mente; solo la veo y la plasmo. También me pasa con la fotografía o la escritura. Y sucede igual con otras disciplinas.

La mujer estaba absorta en la historia y quiso preguntar más.

—Cuando escribo, tengo que ponerme y cambiar las cosas. Necesito sentir emociones para crear algo bonito, algo que me guste. Y, aun así, no me gusta siempre. No soy una gran escritora, pero es un *hobby*. ¿A ti qué te pasa cuando escribes?

—Lo que te he dicho. Todo está ahí y lo escribo. Conforme lo voy haciendo, me sorprende de cómo se desarrolla la historia, de lo que les va pasando a los personajes y de cómo todo se va desenvolviendo. Escribir, como pintar, es un misterio para mí. Es como la vida. Tú puedes tener tu visión de vida, ver con claridad hacia donde quieres ir, pero, conforme das los pasos para dirigirte a tu destino, van sucediendo todo tipo de situaciones que te sorprenden. Es casi como leer un libro: sabes de qué van algunas líneas a la par que te sorprendes con muchas de sus páginas.

—Nunca he llegado a sentir eso.

—No te preocupes. Antes me pasaba como a ti. Un buen día, cuando me quise dar cuenta, todo había cambiado. Y ahora lo vivo así.

—Así que no naciste sabiéndolo hacer.

—No. Tuve que probarlo para saber. —Miró a la nada mientras recordaba su pasado—. Con el paso del tiempo, dejé de realizar algo que había hecho durante años. Acabé teniendo la capacidad para vivir y actuar como ahora.

—¿Qué hiciste?

—Es una historia larga. Tardé años en lograr un sueño que tenía metido entre ceja y ceja.

—No me has aclarado nada.

—Tampoco me apetece. —No tenía ganas de repetir una historia que había contado en multitud de ocasiones.

Ella se quedó en silencio, parecía que aún sentía curiosidad, pero no insistió y cambió de tema.

—¿Qué me dices de tus amigos?

—Son buena gente. Hugo es el compañero de piso ideal. Con él me organizo bien y, aunque la relación no sea perfecta, tiene buena base. Por lo demás, tengo varios grupos de amigos y cada grupo me aporta algo diferente, igual que yo les aporto unas cosas u otras, así que genial. ¿Y tú?

—No tengo muchas amigas y de chicos ya ni hablemos. Soy casi asocial.

—No lo parece —respondió con incredulidad.

—Créeme, soy un poco rara. Me gusta la soledad y la gente no me suele caer bien.

—¿Eres misántropa?

—Casi. Tengo mis buenas amigas, pero vivo cerrada al mundo.

—¿Por?

—Por mis experiencias. He vivido cosas en el pasado que me han hecho daño y... —La mujer cogió aire, como si le costase recordar lo que iba a decir, pero aun así tuviese la suficiente confianza como para hacerlo—. Tanto dolor te cierra.

—Cuando te conocí, me dio la sensación de que tenías miedo al dolor, sobre todo en un plano social.

—Me rechazaron en el pasado y he tenido bastantes problemas a lo largo de mi vida.

El joven la recorrió con la mirada, sorprendido.

—Pero si eres muy guapa.

—Pues precisamente por eso. Las demás chicas te envidian por serlo. Incluso, algunas de mis amigas tienen miedo de que me ponga a hablar con sus parejas. Esas situaciones son incómodas, ¿sabes? Y luego que, por ser guapa, los chicos te miran más como un objeto y...

—Y para follar —concretó él.

—Sí, para eso. Así que vas dudando de las verdaderas amistades y te vas cerrando. Al hacerlo, la gente te acaba rechazando.

—De ahí tu coraza.

—Sí.

Se miraron a los ojos, como si estuviesen desnudos el uno frente al otro. Permanecieron callados en ese instante de seguridad mutua que sentían.

SUSAN

Susan era increíble. Al pintor le parecía un fenómeno de la naturaleza, una rareza y alguien con quien le gustaba estar. Se hallaban en casa de ella, tomando un té blanco, hablando de la vida, del trabajo, de la pasión y del amor hacia las cosas. Susan era asombrosa. Sentía verdadera devoción hacia el arte, en todas sus expresiones. Amaba la música, podía llorar al contemplar un cuadro, leía cada noche y decía que eso no había nada ni nadie que se lo pudiese impedir. Amaba los momentos por la mañana, cuando todo está callado y los primeros rayos del sol van alumbrando lo que sus ojos pudieran ver.

—Cuando vi tus cuadros, me enamoré. Me enamoré profundamente. Sentí lo que querían expresar, y lo viví en mí con tanta pasión e intensidad que quise comprarlos —comentaba con efusividad.

—Es bonito ver que una pintura pueda hacerte vivir tal torrente de sensaciones.

—Es precioso, es como ver una brizna de hierba que arrastra la corriente de un río en el que habitan varios torbellinos. Y la brizna sigue su camino, sin hundirse.

Aquella mujer sabía cómo transmitir las sensaciones. El pintor la miró con admiración y la preguntó:

—¿A qué te dedicas?

—Trabajaba en una empresa de tecnología basada en las comunicaciones. Podría hablarte más, pero no es una historia interesante. Aun así, me fue bien y era buena programando. ¿Sabes? La programación también es un arte, que no te quepa duda. Con el tiempo, mi jefe vendió la empresa y, por mi posición, me dieron una gran suma en el proceso de venta y retirada del puesto de trabajo. —Se reclinó en la silla al tiempo que la satisfacción le inundaba el rostro—. Ahora tengo más dinero del que puedo gastar y tiempo más que suficiente para disfrutar de mi vida.

—No se encuentran muchas personas así.

—Ya, pero diría que no soy la única de esta sala que es feliz, ¿verdad?

—¿Cómo sabes que lo soy?

—Se ve. —Señaló la cara del joven—. Sonríes a menudo y es un gesto sincero. Además, tengo muy buena intuición para estas cosas. También creo que se te dan bien las chicas.

El joven se empezó a reír.

—No me va mal.

—No, definitivamente no.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Digamos que tengo un don.

—¿Qué tipo de don?

—Uno que me da la sensación de que también tienes tú.

La reunión se empezó a poner interesante, pues el joven iba intuyendo a qué se refería ella y tenía curiosidad por seguir hablando del tema.

—¿El ser capaz de sentir lo que una persona siente, aunque no esté a tu lado? —preguntó el pintor.

—Sí, aunque también puedo hacer más cosas. —Se detuvo a beber té, dejando en ascuas al pintor.

—¿Como qué?

—Decirte qué rasgos de personalidad tienes, cómo es la etapa de tu vida que ahora vives o,

incluso, qué estás pensando en este momento.

—Hablamos el mismo idioma. ¿Tú naciste con ello?

—Me surgió llegado el momento. Cuando dejé la programación, que me ocupaba tantas horas al día, y cambié de trabajo, ese talento se desarrolló. Ahora me he vuelto más sensible y la experiencia es casi como entrar en una biblioteca, coger un libro que lleva tu nombre y leer lo que pone en él.

El joven se quedó en silencio, admirándola. Tenía varias preguntas, pues siempre había querido recibir ayuda con el tema.

—¿Y cómo lo usas? ¿Cómo puedes vivir eso?

—Para mí es como abrirme, como sentir a la otra persona. Entonces, lo percibo todo.

—Me pasa lo mismo. ¿Podrías sentirme y ver qué te surge?

Susan le cogió las manos y lo miró a los ojos.

—Veo a una persona sencilla, auténtica y honesta. Un hombre creativo, sensible y un tanto obsesivo. Percibo a alguien que va caminando y, mientras lo hace, encuentra frutas en los árboles que lo rodean. A veces las coge y se las come. —Tenía una mirada que hacía sentir desnudo al pintor, como si le atravesase el alma—. Para mí, las frutas simbolizan las cosas que te ofrece la vida; a veces son chicas, otras son imágenes creativas para tus cuadros y otras son encuentros con personas con las que necesitabas contactar —aclaró—. También veo a una persona rara, extraña y peculiar. Alguien que no es común encontrar.

»Me transmites una sensación de paz, como si la vida marchase bien, como si esta tendiese a sonreírte. Como si vivieses algo que quieres vivir —añadió Susan—. Me viene, también, una luz. Es como que miras a la cara a esa luz, pero también es lo que tú eres. Os contempláis y, gracias a eso, sientes una sensación que no se puede describir con palabras.

»También veo que vas a necesitar hacer cambios en tu vida. Como en el trabajo. Es como si hubieses estado pintando cuadros y ahora sintieses que, de algún modo, esto se irá, y otra cosa ocupará su lugar.

Susan narraba con metáforas todo lo que percibía y le decía cosas que sucedían en la vida del joven, que la escuchaba absorto y sorprendido. Estuvieron casi una hora hablando, hasta que ella dijo que no percibía nada más de él. El pintor le agradeció con todo su corazón por aquel gesto.

La nueva poseedora de los cuadros parecía satisfecha por haber sido útil y la alegría impregnaba su rostro cuando observaba su compra.

Se despidieron poco después y cada uno siguió adelante: uno, tocado profundamente por la experiencia; la otra, contenta al ver las pinturas colgadas en su pared.

PINTANDO

El artista se encontraba en su habitación de trabajo, con su lienzo en blanco frente a él. Recordaba lo que le había dicho Susan sobre que dejaría de pintar más adelante. Era algo que intuía con fuerza, pero, mientras tanto, aún tenía que disfrutar más de aquella expresión artística.

Cogió el pincel y seleccionó cuidadosamente las pinturas. Crear un cuadro era algo único, como si se metiera en un río y sintiera que el agua lo acariciaba. El agua era como ese torrente de creatividad sin fin que lo recorría mientras disfrutaba de la experiencia.

El tiempo pasaba de manera vertiginosa mientras el joven iba dando color al lienzo. Quería crear algo abstracto, algo que fuese como plasmar una emoción frente a él. Lo que estaba pintando no era para el mundo, sino para él, y estaba conforme con ello.

Pasó el suficiente rato como para evadirse y dejarse llevar. Hasta que Hugo no volvió al hogar, no se percató de la hora que era y dejó la creación para otro momento. El informático lo llamó y le preguntó si podrían hablar sobre un tema. El pintor, complaciente y curioso, aceptó y se dirigió al salón.

—He tenido una idea —dijo Hugo—. Podríamos crear una aplicación juntos.

—Aún no sé programar.

—Podrías aprender —el artista percibió que trataba de convencerlo—. Seguro que no es tan distinto de pintar o escribir.

—¿Y qué aplicación sería?

—Es una que tengo en mente, algo para pasar el rato y que condense todo tipo de humor en las redes sociales.

—Suena bien, pero no le veo futuro.

—¿Por?

—Porque el humor es algo que se vive y se disfruta más con personas reales.

—Bueno, como todas las relaciones.

El artista se quedó callado y le dio la razón a su amigo.

—Verás, he pensado que, en unos meses, cuando no esté tan saturado de trabajo, podríamos hacer ese proyecto juntos —continuó Hugo—. Pero necesitarías aprender a programar. Así podrías ayudarme con el apartado estético de la página web y la aplicación que pudiésemos crear.

El compañero de piso miró a los ojos a Hugo, sin ver cómo podría tener éxito esa idea.

—¿Pero tú realmente querrías tener una aplicación así?

—Puede estar bien. Si te metes en ella, es para reír. Podríamos crear un sistema de valoraciones para fomentar el humor y que los memes más graciosos fuesen top en la página. También necesitaríamos una serie de personas que hicieran filtro al respecto, y un montón de anuncios con los que mantener la página. —Parecía tenerlo todo pensado.

—Dame un tiempo, Hugo. Hay algo de esa idea que no me termina de cuajar.

—Como veas. Aún quedan meses antes de que lo pongamos en marcha.

Hugo se encaminó hacia su cuarto, probablemente a navegar por internet, escuchar música, jugar a algún videojuego o masturbarse. El pintor volvió a su habitación de trabajo y comenzó a ordenarla, viendo cómo iba quedando su cuadro. Quería continuar al día siguiente. Había sido un día productivo y su compañero le había metido una idea en la cabeza, algo que no terminaba de convencerlo. Pero crear una aplicación de redes sociales era una cosa que lo inquietaba y lo llamaba a la vez.

EN LA CAMA

Miró a la chica de ojos verde pardo y ella le devolvió el gesto. La besó con pasión a la vez que la penetraba. El tiempo transcurría a una velocidad de vértigo, y parecía que el sudor, la conexión y la intensidad eran quienes reinaban en la habitación.

Estuvieron un buen rato haciendo el amor antes de que ella necesitara descansar. Desnudos y estando cara a cara, comenzaron a hablar de sus vidas.

—¿Ya vas sabiendo qué quieres en las relaciones? —preguntó el hombre.

—De momento, estar contigo. Me lo paso bien y disfruto a tu lado. La vida es más ligera y fácil así —se sinceró—. ¿Y tú, ya te has enamorado de mí?

—Claro, pero en un sentido de amiga. Disfruto a tu lado y es como si todo pasase más rápido. No me lo esperaba.

—¿Por?

El pintor se encogió de hombros y respondió:

—Porque nunca te esperas estas cosas y, cuando llegan, te sorprenden. Igual que me sorprendes tú, por cómo eres y cuando estás a mi lado.

Ella sonrió y se quedaron en silencio, mirándose a los ojos, sin nada que decir, sin nada que hacer, sin nada que pensar, simplemente, siendo.

FIESTA

El tiempo pasó volando. Era como si estuviese montado en una montaña rusa que iba a gran velocidad de un lugar a otro de la atracción. Se sentía increíble.

Por la noche, todos se juntaron en la fiesta. Había mujeres y hombres bien vestidos, que iban y venían por el lugar. Él presentía que el momento le dejaría buenos recuerdos. Sus amigos estaban a su alrededor y tomaban diferentes bebidas alcohólicas, emborrachándose para tratar de evadirse de sus problemas por un rato. Y él solo iba a beber agua. La sensación de estar ebrio no era algo que apreciase.

No tardó mucho en localizar a Amanda, una amiga suya a la que veía de vez en cuando.

—¿Qué hay? —preguntó con curiosidad.

—Todo bien. No me esperaba tanta gente. Por cierto, no me digas que bebes agua.

—Prefiero disfrutar de la noche así.

Su amiga lo miró con extrañeza, como si él estuviese haciendo algo ilógico.

—¿Por qué no quieres pillarte un pedo?

—Porque soy feliz. El alcohol me quita esa felicidad o, al menos, no me permite vivirla al máximo.

—Curiosa explicación, pero no beber sigue siendo algo raro. Por cierto, ¿qué tal tu trabajo? Escuché que pintaste algunos cuadros.

—Bien. De hecho, ya los vendí, así que todo genial. Ahora quiero seguir pintando, ahorrar buena parte del dinero que he recibido y comprarme algún capricho.

—Suenan bien.

Siguieron hablando de temas superficiales hasta que él comenzó a interesarse un poco más por ella.

—¿Y qué ha sido de tu pareja? No lo veo por aquí.

—Lo dejé hace una semana. Créeme, era lo mejor. Teníamos una relación tóxica.

—¿Por?

—Porque no podíamos estar bien. Cada vez que nos veíamos, eran broncas y discusiones, choques y enfrentamientos. —Dio un trago a la bebida y el pintor pudo ver el dolor en sus ojos—. Queríamos tener continuamente la razón y nos olvidábamos de estar bien. Y también corté con él porque era un capullo.

—¿Sí? Nunca me pareció así.

—Las personas parecen buena gente en la superficie, pero cuando los conoces ves que no son así.

—Quién sabe. Al principio de una relación te enamoras y no le ves defectos, luego rompéis y solo te centras en lo malo.

Amanda se quedó callada, como midiendo lo que le había dicho.

—Era un capullo —reafirmó ella, con cierto deje de rencor.

—Si no digo que no, pero es posible que su versión de los hechos también te sorprenda. De cualquier modo, ¿qué tal llevas el tema?

—Trato de evadirme, de hacer cosas y así no pensar en ello.

—Viene bien dar un tiempo a las emociones y permitir que sigan su curso natural.

Amanda parecía incómoda ante lo que le decía y respondió:

—No es tan fácil.

—¿Por? —Las lágrimas querían aflorar de los ojos de su amiga.

—Porque duele estar con alguien durante un año y dejarlo. Y lo peor es ver que es un capullo y, aun así, seguir queriéndolo.

—¿Por qué dices que era así?

Ella se quedó dubitativa y se acercó más al joven.

—Porque no me trataba bien. Yo le daba y le daba, y él no. Pasaba de mí. No me gusta preocuparme tanto por alguien y no recibir nada a cambio.

—¿De qué manera te preocupabas por él?

—Le preguntaba siempre por su trabajo o sus amigos. Le hacía la comida cuando venía a mi casa, incluso lo llevaba en coche varias veces, y él nada. No me daba nada.

—Quizá te lo diese de otra manera.

—Que no, que no lo hacía. Era como tratar de llenar un vacío. —Bebió del vaso e hizo una pausa. Miró a los ojos al pintor y, quizá por la confianza que tenía en él, siguió compartiendo sus sentimientos—: Quería cambiarlo, quería que fuese otro, mejor persona; que me devolviese lo que le daba. Hasta que me harté.

—Es imposible cambiar a las personas.

—Sí.

—Y tóxico. No es saludable estar tratando de hacer que alguien sea de la manera que tú quieres, aunque consideres que es lo «bueno» o lo «mejor» para él. Eso destroza la relación. Y, bueno, ¿hay algo más de lo que quieras hablar? —preguntó con intención de que Amanda expresase todo lo que sentía.

—Sí, que en los últimos meses casi no teníamos sexo y eso se nota.

—¿En qué sentido?

—En que no hay roce ni cariño, en que te vuelves más fría y distante con la otra persona. El sexo une. Y luego que él... —El artista la miró, esperando a que continuara—. Él no es el tipo de persona con la que me conviene estar. Creo que me merezco a alguien mejor. Es que siempre es igual, acabo con capullos.

—Tú eliges estar con ellos.

—Pero no son así al principio. Son perfectos, solo ves las cosas buenas de ellos y te enamoras. Crees que son buena gente, que te querrán siempre, y no. ¡Que le den al amor! Ya he aprendido la lección, quiero estar sola.

—¿Realmente quieres estar sola o solo lo dices por el dolor que sientes?

Amanda se quedó callada unos segundos hasta que respondió:

—Por el dolor que hay en mí.

—Te vendrá bien hablar de estas cosas de vez en cuando y canalizar tu dolor de algún modo. ¿Aún sigues haciendo deporte?

—Sí, salgo a correr de vez en cuando.

—Quizá eso te venga bien para seguir adelante con tu vida. Además, me da la sensación de que tienes una venda en los ojos, una roja y negra. Para mí, representa el odio y el dolor, así como el hecho de no ver de manera nítida cómo era la relación. Ten en cuenta que acabas de dejarlo y ahora ves solo lo malo, y no la experiencia en su plenitud.

—Ya...

—Y por no hablar de que tardarás un tiempo en darte cuenta de que ese amor que está en ti seguirá ahí, pero irá cambiando con el tiempo. Ahora tendrás que decidir cómo lidiar con eso que llevas dentro tan bien como puedas y lo mejor que puedas. Si para hacerlo necesitas ayuda y hablar con un amigo, pues hazlo. —Le dio un abrazo a su amiga y mantuvo el gesto—. Las

personas somos eso, personas. Con nuestras cosas buenas y malas, con nuestras luces y sombras. Ningún chico es perfecto y ninguna chica lo es. Lo que hace que una relación funcione bien es que se equilibren tanto nuestra oscuridad como nuestra luz, y ambas cosas nos ayuden a tener una relación saludable y natural. Al menos, eso es lo que he aprendido.

—Gracias. —Se quedaron abrazados. Ella cogió aire—. Duele mucho, es como si la vida se fuese a algún lado y te dejase sin nada.

—Pero también tienes a tus amigos, el trabajo, el deporte y a ti misma para lidiar mejor con ese dolor.

Siguieron abrazados un poco más, en silencio, y él le dio un beso en la frente. Casi al momento, los dos se dieron cuenta de que seguían en una fiesta y que también les apetecía pasárselo bien esa noche.

De nuevo con el grupo, Héctor, un viejo amigo, se le acercó a charlar:

—Escuché que estabas de viaje por Canadá.

—Volví hace un tiempo.

—¿Y qué tal? ¿Es un buen lugar para visitar?

—Es distinto. —Un diluvio de recuerdos cayó en su mente—. Pero sí, es bonito y su naturaleza es digna de apreciar.

—Guau. Siempre quise viajar. De hecho, el mes que viene me voy una semanita a Ucrania.

—¿Qué se te ha perdido ahí?

Su amigo se rio y continuó hablando del viaje que pretendía hacer:

—Siempre he querido ir allí, no sé por qué. Y como es un lugar barato, pues mejor. Además, Kiev me llama.

—Y las ucranianas también —puntualizó con ironía.

—Sí, bueno, siempre me han parecido más atractivas las chicas extranjeras, ya me conoces. —Soltaron una leve carcajada—. ¿Sigues escribiendo?

—No. Es algo que ya viví. Quizá más adelante vuelva, pero, de momento, no tengo inquietud.

—Vaya... Espero que sí. Tenías futuro y tu último libro era muy bueno.

—¿Lo leíste? —preguntó sorprendido.

—Sí. De hecho, se lo recomendé a mi familia y también les gustó. Tienes talento.

—Como todos.

—No es así. Yo no creo que lo tenga.

—Lo pongo en duda. Creo que lo tienes en algún área de tu vida, solo que aún no te has parado a verlo.

—Puede ser...

Siguieron hablando un poco más hasta que Hugo, que iba de la mano con una chica, se les acercó. Con una sonrisa en la cara les dijo:

—Os presento a Alba. —Era una chica rechoncha, guapa y de mirada nerviosa. Parecía estar cómoda junto a Hugo, y se podía ver la ilusión en los ojos de ambos cada vez que se miraban—. Es periodista y ha escrito algún artículo en un periódico medio famoso. ¡Incluso está escribiendo un libro! Podrías preguntarle a mi amigo sobre cómo lo hace.

—Sí, claro. —Ella miró al pintor, luego al informático y le dio un beso, manteniéndose ajenos a los otros dos. El artista miró a Héctor, que le hizo una señal de marcharse y dejar a Hugo y Alba juntos.

Sentado en una silla, a solas, escribía algo para sí mismo en su móvil. Se quedó contemplando la fiesta: jóvenes por doquier bebían y hablaban, sonreían y reían. En alguna esquina, había alguna que otra pareja, como Hugo y Alba, dándose besos y olvidándose de lo demás. Le pareció tierno

ver a su compañero de piso disfrutar de ese momento de cariño.

Siguió observando, sin pensar en nada, cuando una chica se acercó.

—Hola, ¿me puedo sentar a tu lado? Que quiero descansar las piernas un poco.

—Claro. ¿Cómo te llamas?

—Sara. ¿Tú? —El joven le dijo su nombre e intercambiaron un par de besos como saludo—.

Por cierto, no me suena haberte visto antes por estos lares. Conozco bastante bien a Paula, la propietaria.

—De hecho, es por Hugo por el que estoy aquí. Él es mi amigo. —Señaló hacia donde su compañero de piso se besaba con Alba.

—Parece que se lo está pasando bien.

—Sí, sin duda.

Rieron un poco.

—¿Y para qué has venido? —preguntó ella.

—Para pasármelo bien en una fiesta.

—Claro. Sentado lo das todo —le vaciló.

—Calla —dijo él de manera juguetona—. Solo me apetecía estar solo.

—Ya. A mí también me pasa. A veces me satura tanta gente.

—¿Verdad?

—Y un poco de soledad nunca viene mal —concluyó.

—Siempre he pensado lo mismo.

Se quedaron conectando y sintiéndose a gusto juntos. Pero su amigo Guille se acercó:

—Tío, tienes que ver esto. —Lo cogió del brazo y lo llevó dentro de la casa—. Mira, ¡están haciendo un bizcocho de marihuana! Si es que las fiestas en las casas son increíbles.

—¿Alguien ha dicho marihuana? —preguntó de manera graciosa un hombre que había en la cocina.

Comenzaron a hablar con él de manera distendida mientras el pintor trataba de integrarse en la conversación. Era difícil hablar con borrachos y fumados sin beber ni fumar; sobre todo, cuando los temas de conversación superficiales no eran lo suyo.

—... pues sí, una fumada increíble. Hicimos un submarino y de tanto humo costaba hasta ver a la persona que teníamos enfrente —contaba un hombre que estaba en la habitación.

—A mí lo que me encanta es cuando estoy en casa y me fumo el porro de buenas noches. Ese me da la vida —comentó una chica.

—Y la música cuando vas fumado —empezó diciendo el artista—. Es una de las pocas cosas que añoro desde que lo dejé.

—Es que la música es increíble. Y el sexo —seguía hablando la chica—. Follar fumada es increíble.

Poco a poco la conversación fue cambiando de tema, de los porros al sexo, del sexo al fútbol, y del fútbol a anécdotas de fiesta. Era bonito estar con gente que podía sacar humor de donde otros no. Y era hermoso charlar con personas que sabían ser superficiales y quedarse ahí.

El tiempo fue pasando y la velada iba siendo cada vez más tranquila. Quizá por el bizcocho de marihuana, quizá por la guitarra que sacaron y las canciones que se empezaron a cantar, o quizá porque todos estaban cómodos dentro de aquella casa. Había unas quince o veinte personas en el salón, que estaba provisto de grandes sofás y una mesa con sillas alrededor.

El artista pensó que aquel momento, el lugar acogedor, la música que se dejaba querer y las anécdotas que se contaban y que hacían reír al personal era algo digno de quedar grabado. Era casi como una imagen que podía ser pintada y supo que ese sería su último cuadro.

La noche transcurrió de manera fluida y vertiginosa. Casi se había acabado la fiesta, cuando Hugo le dijo que era hora de irse para casa. Su cara era como si la tristeza y la alegría se expresasen a la vez.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el pintor.

—Quiero a esa chica. —Estaba tan beodo que costaba entenderlo—. Alba es increíble, es genial.

—Ya veo, ya.

—Te lo dije, te dije que era increíble. ¿A qué lo es? —El informático ni siquiera esperó una respuesta—. Pues claro que lo es. Y ya la echo de menos, pero te tengo a ti. ¿Y sabes quién es también alguien increíble? Tú. Eres el mejor compañero de piso entre todos los compañeros de pisos que he tenido.

—Solo me has tenido a mí.

—Te quiero, tío.

—Y yo a ti. También me pareces increíble.

Se abrazaron y el sobrio pudo sentir como su amigo ebrio estaba en el sumun de la emocionalidad debido al alcohol. Guille se les acercó y les cortó el rollo.

—Venga, pareja, que la dueña de la casa quiere irse a dormir y ya nos echa a todos.

Ayudaron a recoger un poco el lugar y cada uno se fue a su hogar.

Ya en la cama y con la luz apagada, el joven artista miró el techo de su habitación y recordó a aquella chica con la que había hablado un poco. No recordaba su nombre, pero sí que era un tanto rara y que le habría gustado conocerla más. Pensó que, si no había pasado, sería por algo.

DEPORTE Y RUTINA

Salió de la cama fresco y con ganas de hacer deporte. Desayunó rápido y despertó a Hugo para salir a correr juntos.

—Déjame dormir. Ayer nos acostamos muy tarde —refunfuñó su amigo.

—Y hoy nos levantamos tarde.

El informático miró el reloj y a su amigo; puso los ojos en blanco.

—Tenemos conceptos diferentes con respecto a lo que es «levantarse tarde».

—Puede, pero eso ahora no importa. Creo recordar que alguien se había propuesto tener una vida sana.

—Esa vida puede esperar.

—O puedes empezar hoy. Sin ganas, con resaca y atolondrado. Es un momento perfecto para comenzar algo —dijo con una sonrisa en la cara.

—No eres muy convincente.

—Bueno, piénsalo, después de hoy todo será más fácil. Además, te lo habías propuesto.

Su amigo gruñó y respondió:

—Está bien, saldré a correr contigo, pero dame algo de tiempo para prepararme.

Ya en la calle, su amigo Hugo no parecía muy animado.

—He visto caras mejores —dijo el pintor.

—Y yo rostros más tristes, así que no te quejes.

Comenzaron a trotar en silencio, metidos en sus pensamientos mientras sus cuerpos se movían, hasta que el informático comenzó a protestar de cansancio.

—Me duele todo, no sé si ha sido buena idea salir a hacer *running* hoy.

—Claro que sí. Tú mantente en movimiento.

Siguieron callejeando hasta que su amigo se detuvo para coger aire y descansar un poco.

—Creo... que tengo... que parar —comentó, jadeando.

—Está bien. Ya has corrido suficiente. Si quieres, puedes volver a casa o seguir conmigo. Tú eliges.

El compañero de piso señaló el lugar por donde habían venido y se despidió del artista, que continuó su camino, feliz, con la mente tranquila y el cuerpo activo. Siempre le sentaba bien el ejercicio.

De vuelta a casa, encontró a Hugo tirado en el sofá, viendo la televisión.

—Tenías razón, el deporte sienta bien. —Chocaron las manos y el artista se dirigió al baño.

En la ducha, comenzó con agua caliente y se fue enjabonando. Al acabar, la cambió a fría y permaneció bajo el torrente de agua helada, sintiéndose presente, tratando de estar relajado. Inspiró todo el aire que pudo y espiró sin acabar de soltar el oxígeno. Repitió el proceso unas treinta veces. Expulsó todo el aire y se mantuvo así hasta que su cuerpo necesitó respirar. Repitió el proceso una vez más y salió de la ducha, presente, vivo, enérgico.

Se dirigió a su cuarto y comenzó a masturbarse sin porno. Le gustaba así porque lo sentía más, conectándolo más a su cuerpo. De un modo u otro, lo ayudaba a desear más a las mujeres. Mientras se masturbaba, vivía el presente, sin imaginar mucho; a veces, acariciándose el cuerpo; a veces, disfrutando de la experiencia.

Con la inspiración corriendo por sus venas, quiso continuar con el cuadro. Pintar era un arte que le vivificaba el sentimiento y lo ayudaba a conectar con sus propias emociones. El hecho de que fuese abstracto le daba la libertad para hacerlo a su manera, para sentirse un dios de su propia creación. Fluir era su naturaleza en el trabajo y estar enfocado su constante. Se sentía como si probara un plato que amaba comer e iba saboreando cada pedazo de comida, cada trozo de alimento que había en el paladar.

Siguió trabajando y perdió la noción del tiempo. Cuando la inspiración se agotó, se detuvo y contempló su obra casi finalizada. Se sintió dichoso con su progreso.

Era uno de esos días en los que experimentaba felicidad sin especial motivo. Era como un niño que cerraba los ojos, al tiempo que entornaba su cuerpo hacia el sol y sentía cómo lo iluminaba con su luz.

Una vez recogió las pinturas, se marchó al supermercado, con la mente tranquila y sin prever que iba a conocer a una mujer.

NIETA Y ABUELA

Lucía estaba con la mente ida, como si hubiese visto algo en el fondo de un lago y se hubiese quedado pensativa, ensimismada; con la cabeza en las nubes, recomponía la historia que su abuela le estaba contando. Tardó un poco en formular las cuestiones que quería preguntar:

—Abuela, no lo entiendo. ¿Por qué él se acostaba con tantas mujeres? Es decir, ¿no le valía solo con una?

—Hay personas así, Lucía. Hay gente que puede trabajar más que el resto, hay individuos que pueden hacer más deporte que los demás y hay gente que, sin saber muy bien cómo o por qué, tienen el don de conectar con otras personas, de tener sexo con ellas y enamorarse profundamente. Él era alguien así.

—¿Y a ti no te sentó mal?

—Sí, eso tenlo claro. No fue fácil asimilarlo. No creo que sea fácil para nadie, la verdad. Pero amas a esa persona y permites que pueda estar con otras mujeres; del mismo modo que esa persona te ama a ti y acepta que estés con otros hombres. Eso es algo que él me enseñó: las relaciones son bidireccionales y lo que tú das lo recibes.

—Eso no siempre es así.

—Quizá sí. Pero lo recibes de una manera distinta a como pensaste que lo harías. —La abuela le pasó una pasta y la nieta la cogió. La joven la miró a los ojos y comprendió la metáfora que su abuela le acababa de regalar.

—Y abuela, ¿qué hacías al saber que se acostaba con otras?

—Digamos que lo llevé. Es algo a lo que te adaptas tarde o temprano. Comprendes que el amor es algo grande y, sobre todo, algo que puede ser más que una sola persona cuando se da en una relación de follamigos.

Lucía se quedó pensativa, como tratando de entender cómo ese tipo de relación podía funcionar sin fracasar.

—Cuesta comprenderlo. Aun así, ¿qué fue lo que te gustó de él?

La abuela se quedó pensativa.

—No lo sé. Creo que no fue una sola cosa, sino varias. Creo que era su personalidad, cómo me sentía a su lado, cómo era yo y cómo encajábamos los dos. Lo que sí sé es que, cuando estaba con él, me sentía satisfecha y cómoda con mi vida. Él me llenaba a su manera y yo a él, de algún modo.

—¿Y cómo cambió esa situación para iniciar una relación de pareja con el abuelo?

—Bueno, aún queda una buena parte de la historia antes de eso, tenlo presente.

—Soy todo oídos.

—Bien, pues, como te iba diciendo...

LUNA

La vio en el supermercado. Una mujer alta, de pelo castaño y figura esbelta. De bien vestir y de mirada perdida. Con pulseras en la muñeca y belleza en la faz. Hubo algo en ella que lo atrapó. Quizá la manera de moverse, quizá el cómo seleccionaba los alimentos que introducía en el carro; o quizá que, cuando la vio, su corazón vibró a más no poder. Sentía que tenía que hablarle. Sabía que tenía que hacerlo ahora.

—Hola.

—Ey. —La mujer ni siquiera lo miró. Seguía distraída con la estantería que tenía enfrente y parecía buscar un producto en particular.

—Hace mucho que no hago algo así, pero, cuando te he visto, he sentido algo fuerte en el corazón y he tenido el impulso de hablarte.

—Ajá. —Seguía absorta buscando algo, sin prestar atención al desconocido—. ¡Aquí está! —Cogió un tarro de humus, lo guardó en el carro y miró al joven artista—. ¿Decías?

—Que, cuando te he visto, me has llamado la atención y quería conocerte.

La mujer se sonrojó y le comentó:

—Verás, es que tengo novio.

—Perfecto —dijo él—. No tengo ningún problema con eso. Es que algo me ha llamado la atención de ti y tenía la necesidad de charlar contigo.

—Esto es extraño. ¿Es una cámara oculta o algo? —preguntó mientras miraba por todos los lados, como buscando las cámaras.

—Claro —bromeó el joven—. Es sobre cómo un chico guapo se acerca a hablar con una chica guapa. Sale esta noche por la tele.

—Hmm, que interesante. —Le siguió el juego—. ¿Cómo dices que se llama el programa?

—Tinder en la vida real. Es todo un éxito en audiencia.

La chica se rio.

—Nunca me había pasado esto antes.

—Ya. No es común, pero sí refrescante.

—¿Y tú quién eres?

—Soy artista. Me dedico a pintar mujeres desnudas, pero solo si me gustan.

—¿Y qué tal te va el trabajo?

—Pues, si me ayudas con el tema, seguro que mejor. —La sonrisa de él fue enorme y ella se rio con la broma—. Por cierto, ¿a qué te dedicas?

—Estoy en un momento de mi vida en el que necesito tiempo para mí. Aun así, trabajo de dependienta en una tienda de ropa unas horas a la semana. Así gano algo de dinero y a la vez veo hacia dónde quiero dirigir mi vida.

—Eso suena bien. —Se quedó mirándola y tuvo un presentimiento al respecto—. ¿Has hecho algo de psicología?

—Sí, pero no termina de gustarme el estar con una persona y que me cuente sus depresiones.

—Ya... ¿Has pensado hacer terapia con animales? Puede ser algo distinto.

La chica lo miró a los ojos, como sorprendida.

—La verdad es que sí. Es algo que siempre me ha inquietado, pero nunca me he atrevido a trabajar así. ¿Cómo lo has sabido?

—Intuición.

—Pues es buena.

Siguieron conversando mientras hacían la compra. Casi sin darse cuenta, fueron llenando su carrito y se fueron cayendo bien. Fue tan fluido que, tras hablar cinco minutos seguidos, él le pidió su número.

—Sabes que tengo novio, ¿verdad?

—¿Y sabes que me siento bien a tu lado y me gustaría tener alguna forma de contactar contigo?

—Eres raro. —La mujer lo repasó con la mirada—. Aun así, te lo daré, pero por ser tú.

—Es todo un halago proviniendo de ti.

—Mira es... —dijo su número de teléfono—. Háblame solo por WhatsApp, no me gusta que me llamen. Ah, y me llamo Luna.

—Genial. Guardada. Un día de estos te hablo y nos vamos a hacer algo juntos. ¿Te gusta la naturaleza?

—Sí, me encanta.

—Pues si quieres vamos a dar un paseo por un campo que no queda muy lejos de aquí. Se está la mar de bien, te gustará.

—Vale. —Sonrió y una duda cruzó su mente—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

UNA CHARLA EN EL BALCÓN

Ella miraba fijamente a la persona a la que amaba, él observaba la oscuridad de la noche, ensimismado.

—¿En qué piensas? —preguntó la mujer rubia.

—En nada.

—No se puede pensar en nada.

—A veces, estás tan tranquilo que ni piensas. Eso es lo que me pasa.

La joven se quedó en silencio ante su respuesta y le hizo otra pregunta:

—¿Eres feliz?

—Claro. ¿Y tú?

—No. Aunque te tengo a ti y ahora sí lo soy. ¿Tú eres feliz siempre?

—En cierto sentido, sí. Es decir, soy feliz aun sufriendo lo indecible, porque una cosa no quita la otra. Ahora bien, sigo sufriendo, sigo teniendo mis dolores, mis miedos e inseguridades y todas esas cosas con las que tengo que lidiar. Eso sigue ahí. Lo único es que lo vivo, pero siendo feliz.

—¿Y cómo lo haces?

—Es una historia larga.

—Tengo tiempo para escuchar.

Él la había contado tantas veces que ni le apetecía, pero comprendía que ella la desconocía, y quizá por quererla, empezó a narrar:

—Hace cinco o seis años, no sabía lo que quería en la vida. Me decía que no lo tenía claro, pero que quería ser feliz. Un día me di cuenta de que me estaba diciendo siempre lo que realmente deseaba: ser feliz.

»Encontré una forma de serlo tras meses de investigación y observación internas. Encontré que había un modo de lidiar con cada uno de mis pensamientos, emociones, creencias, hábitos y, en definitiva, mi personalidad. Conforme lo hacía, me iba trascendiendo, iba evolucionando.

—¿Qué forma era esa?

—Ser consciente de una emoción que sientes en algún área de tu vida y dejarla ir. Dejar que siga su curso natural, sin juzgarla, etiquetarla o tratar de cambiarla. Se trata de sentirla y dejar que fluya en ti. Las emociones son como historias que necesitan tiempo y ser escuchadas. Cuando les das ese espacio, pueden seguir su curso natural e irse, dejando algo nuevo en su lugar y permitiéndote a ti aprender. Pues, la mayor parte de las emociones que sientes y experimentas provienen de tu pasado. Muchas de ellas son cadenas que limitan la manera en la que vives tu presente.

—Vaya. ¿Y qué pasó cuándo hiciste eso?

—Que me obsesioné. Me pasé todo el día mirando cada uno de mis pensamientos, palabras y acciones. Cada una de mis creencias y emociones. Era continuo. Sin descanso, sin pausa, sin vacaciones, sin nada. Hasta durmiendo seguía con ello. Literalmente, me estaba matando por ello... Y es que cuando comienzas a hacerlo, evolucionas y ves que pasas a habitar en otro estado de conciencia. Es decir, te relacionas con la vida de una manera distinta y la vida se relaciona contigo de otra manera. Es como que eres más feliz y hay más amor en tu vida.

»En este proceso observas que, conforme trasciendes estas cosas, creces como persona. Cuando cambias tú, el mundo cambia contigo. No es algo que se pueda obviar como si nada, de hecho, te atrapa. Y yo, en ese momento, estaba obsesionado con iluminarme. Fueron años difíciles,

lentos de sufrimiento y problemas, de aprender de experiencias del ayer que me permitieron crecer en conciencia. Estuve algo más de cuatro años así, pero para mí fueron como doce o dieciséis. Fue muy intenso.

—¿Qué pasó luego? —preguntó. Parecía interesada en saber más.

—Llegó un momento en el que vi que había sanado lo que tenía que sanar de mi pasado; era libre, en cierto modo. También reconocí que estaba en este mundo y quería vivir experiencias físicas más allá de las mentales y espirituales. Comencé a crecer en la tierra, a desarrollarme. A día de hoy, mi vida es prácticamente un sueño hecho realidad.

—¿Y esa es tu historia?

—De manera resumida, sí. Pero no me pidas alargarla, no me apetece hacerlo. Además, fue un camino más duro y precioso de lo que las palabras pueden describir.

—Suenan bien.

—Ahora te toca a ti. ¿Cuál es tu historia?

—No sé por dónde empezar y tampoco tengo mucho que contar. —Hizo una pausa y se miró las manos—. No es tan emocionante ni rara como la tuya. Vengo de una familia normal, con amigos normales y, como a la mayor parte de las personas, la vida me ha arrebatado los sueños que tenía de cría.

—¿Y eso?

—Tú haces lo que quieres y amas tu vida. Eso es obvio. Pero no todos somos así. Hacemos cosas que no nos gustan para tener un dinero que gastamos en llevar una vida que tampoco nos termina de llenar. Es deprimente.

—¿Cuáles eran tus sueños?

—Tenía varios de pequeña, como ser actriz, modelo o azafata. También veterinaria y diseñadora de moda. Pero luego creces y eso cambia con el tiempo. Te das cuenta de que no vales para tanto y te vas reduciendo a otras cosas.

—¿Pero a ti no te gusta tu profesión? —preguntó extrañado.

—Sí, pero no siempre es fácil. Ser maestra está bien, pero hay días que me cansa y vuelvo agotada a casa.

—Es normal.

—Sí, pero no es como lo tuyo. Tú apenas trabajas unas horas a la semana y tienes tiempo para todo cada día. Además, tienes un horario flexible, eso es importante.

—Es lo natural. ¿Y qué me dices del resto de tu vida? ¿Qué tal estás con tu familia? —preguntó, queriendo saber más de ella.

—Mal. No hay mucha comunicación y espero irme de casa pronto.

—¿Y con tus amigas?

—Son majas...

—¿Pero?

—Pero siempre hay juicios o roces o cosas así.

—Es lo normal. Simplemente, puedes aprender de eso.

—Ya, pero cansa. Parece que siempre hay problemas que nunca se acaban y que no voy a poder terminar de ser libre.

—Cuando se acaben los problemas, estaremos muertos. Además, son una bendición. Nos permiten crecer y desarrollarnos, nos permiten aprender —dijo, dándole otro punto de vista.

—¿Tú siempre ves el lado bueno de las cosas?

—Es que en el fondo la vida es buena.

—Lo dicho. Vemos el mundo de manera distinta.

—Mira qué bien. A mí me asombra cómo lo ves tú.

—¿Por qué?

—Porque lo interpretas todo según tu personalidad. Un mismo hecho lo vives de manera distinta a como lo podría vivir yo. Eso me resulta curioso.

Se quedaron en silencio, sin nada más que decir, observando el paisaje nocturno. Ella se levantó, le dio un beso en los labios y le dijo que lo esperaba en la cama. Él se quedó allí. Sin nada más que el silencio y la luz de la luna. La miró, y contempló su belleza y resplandor. Pensó que antaño le pidió estar con una chica a la que amara, y ahora estaba con varias. Le resultaba irónico, pues la vida le daba más de lo que necesitaba.

Se levantó y se encaminó a su habitación. Vio a la mujer desnuda sobre la cama, mirándolo a los ojos, queriendo dar y recibir amor y cariño. El joven se acercó a ella y la besó en los labios mientras la colocaba encima de él. Ella le agarró la cabeza con las manos y la acercó a sus pezones, queriendo ser deseada.

El tiempo transcurrió mientras exploraban sus cuerpos en silencio, con miradas prolongadas, con risas y sonrisas, más cómodos y naturales que de costumbre.

Al terminar, ella comentó:

—Se nota que nos vamos conociendo.

—Sí, es bueno saber lo que nos gusta a cada uno.

Ella miró al techo de la habitación.

—¿Crees que podríamos ser algo?

—Creo que ya somos algo: amigos que se aman.

—Me refiero a algo más.

Él meditó su respuesta, pero, en vez de contestarla, le hizo una pregunta:

—¿A ti te apetecería?

—No he querido a nadie así. Y me siento satisfecha a tu lado. Estoy abierta a que seamos pareja.

—Por mi parte también, pero, de momento, no siento que quiera vivirlo. Además, ahora estamos bien, ¿no? ¿Qué tal si seguimos así y vemos cómo van evolucionando las cosas?

Ella le sonrió y le dio un beso. Se quedaron abrazados y tranquilos sobre la cama.

DESAYUNO

Se encontraba desayunando, cuando ella entró. Estaba despeinada y con cara somnolienta. Le dio un beso y lo abrazó por la cintura.

—Buenos días. Ni siquiera te he escuchado levantarte.

—Eso es porque duermes muy bien.

Se miraron, sintiendo esa corriente de amor que los atravesaba, y se besaron. Se sentía tan lleno que no quería nada más en la vida.

—Oye, ¿tu compañero de piso sigue por aquí? —comentó ella.

—Probablemente. Se despertará más tarde.

—¿Crees que le incomodará que esté aquí?

—De hacerlo, no es tu problema, sino suyo.

—Ya, pero no quiero molestar.

—Tranquila, no lo harás.

—Por cierto, ¿hoy vas a pintar? —preguntó con aparente curiosidad.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque te quiero ver. Y porque podrías hacerme un retrato.

—Me encantaría, pero creo que disfruto más de estar contigo que de plasmarte en un lienzo. Además, pintar es algo que hago a solas y en silencio. Así es como me gusta trabajar.

Ella refunfuñó y desistió en su empeño. Sacó su móvil y se centró en las redes sociales. Él la observó. Estaba enamorado y ese sentimiento le hacía apreciarla y valorarla por lo que era. Era como si observase una flor y se quedase admirando su belleza y olor. Su mente se silenciaba y solo tenía ojos para ella.

No supo cuánto tiempo pasó, si segundos, minutos u horas, pero acabó saliendo de su ensimismamiento cuando Hugo entró en calzoncillos en la cocina.

—Tío, no vas a creer lo que pasó ayer... —Quiso seguir hablando, pero vio a la chica rubia en la cocina—. Vaya, si quieres, me pongo algo de ropa.

—No, está bien —comentó la mujer.

—Guay. ¿Nos conocemos?

—Creo que nos vimos en una fiesta.

—Mmm. ¡Sí! ¡Ya te recuerdo! María era, ¿no?

—Sí. ¿Y tú eras...?

—Hugo, un placer. —Se dieron un par de besos y el informático siguió hablando con el pintor —: Pues eso, ayer estuve con Alba y, madre mía, fue increíble.

—¿Por? —preguntó él.

—Nos acostamos. Estuvo genial. Ya te digo que ella y yo encajamos.

—No me cabe duda.

—Pues el sexo fue increíble. No paramos de follar y ella es multiorgásmica. Si es que es perfecta.

—No me cabe duda. —El pintor sonrió de manera vacilona.

—Le he dicho que se pase esta noche por aquí, así que quizá hagamos un poco de ruido.

—Espero tener planes para esta noche, así que por mí bien.

—¿Sí? ¿Qué planes? —preguntó María.

—Conocí a una persona el otro día y estuvimos hablando para vernos esta noche y salir a

cenar. Nada serio.

—Podríamos cenar juntos algún día —comentó ella.

—Sí, cuando quieras. La semana que viene podríamos hacer algo.

—Genial.

Continuaron hablando de temas superficiales, de historias de días de fiesta y de la ropa que llevaría Hugo esa noche. Cuando se hizo tarde, se despidieron para realizar sus quehaceres.

UNA CENA PARA DOS

Luna se había arreglado. Llevaba unos vaqueros apretados y una camisa azul oscura, una vestimenta similar a la del pintor para aquella cena. Además, ella se había maquillado un poco, tratando de estar bella para lo ocasión.

—Vaya, sí que te has puesto guapa.

—Tenía ganas de estarlo.

—¿Habías venido alguna vez?

—No. Es la primera.

—Pues te va a encantar. Es un restaurante de comida ecológica, barato para la calidad de los alimentos.

—Hace mucho que no pruebo algo ecológico. Solo recuerdo que estaba buenísimo.

—Sí. —Puso cara de disfrute—. De hecho, cuando comes un tomate ecológico te das cuenta de a qué tienen que saber los tomates: a tomate.

—Puede ser. —Se quedó callada un momento y miró a los ojos al hombre—. ¿Por qué has querido cenar conmigo?

—Cuando te vi, me vibró el corazón y supe que tenía que hablarte. Luego, tranquilo en casa, sentí que tenía que salir contigo.

—Pero ¿quieres algo de mí?

—Si te refieres a sexo, pareja o follamigos, no, o al menos de momento. Eso sí, me atraes. Y también en un sentido sexual.

Ella se quedó callada, apartó la mirada y se llevó la mano a la boca, tratando de disimular una sonrisa.

—Los hombres con los que trato no suelen ser tan honestos al respecto.

—Pero serlo es lo mejor. Así me ves como soy y no tienes que preocuparte por nada. Además, así puedes tener una relación de transparencia conmigo.

—Sí, eso sí.

—¿Tú por qué has aceptado venir conmigo?

—Me caíste bien. Nunca me había entrado un hombre en el supermercado, fue una experiencia nueva. Además, no fuiste un pesado o un baboso, y eso está bien. Y también porque tenía inquietud por volverte a ver.

—¿Y eso?

Ella se encogió de hombros.

La cena transcurrió con normalidad, comiendo platos sanos y hablando de vacuidades.

—¿Tienes pareja? —preguntó ella

—No. De momento no he encontrado a nadie con quien quiera tener una relación. Estoy con un par de chicas, pero no es nada serio.

—Vaya, así que se te dan bien las mujeres.

—Se hace lo que se puede. ¿Y a ti los hombres? —preguntó intrigado.

—Son ellos los que vienen a mí.

—Viva la humildad.

—Es verdad. Por lo general, no tengo que hacer nada. Ellos vienen e intentan conquistarme. Así de fácil.

—¿Tienes a muchos detrás ahora?

—No, solo un par me hablan a diario por WhatsApp y, aunque no me lo digan, me huelo que les gusto.

—¿Y qué tal con tu pareja?

—No tengo. —Se mordisqueó el labio—. Sí, te mentí, pero fue en defensa propia.

—Ya. Estando tan solicitada...

—Oye, tú no sabes lo que es que te entren a menudo los chicos solo porque quieren sexo o por tu cuerpo. Es casi como sentirse un objeto.

—Las mujeres tenéis un poder que los hombres desconocemos.

—A veces, es demasiado poder. Me gustaría que los tíos no fueran tan babosos o pagafantas.

—¿Cómo te gustaría que fuesen? —preguntó curioso.

—Normales. Con ganas de follar y yendo a por lo que quieren, sí, pero sin ser pesados. Y demostrándome que valgo para algo más que el sexo.

Él la miró a los ojos y se quedó callado hasta que reanudó la conversación.

—¿Sientes que vales mucho como persona?

—Claro.

—Conozco a gente que creer valer mucho, pero la realidad es otra.

—Bueno, eso depende de lo que signifique «valer mucho» para ti y para mí.

—Pues dime lo que es para ti.

—Estar alegre, preocuparte por los demás, ser dulce... Son cosas que valoro.

—Eso está bien.

—¿Tú que valoras? —se interesó ella.

—Depende de en qué área de la vida estemos hablando. En general, diría que la capacidad para amar, para crearse, para adaptarse al entorno, a las circunstancias y cambios. También ser, estar, fluir, dejarse llevar, aportar algo a los demás y a la humanidad. Valoro el tener inquietudes, ser feliz, tener visión y claridad en la vida. La tranquilidad y la paz, disfrutar y un largo etcétera.

—Eso son muchas cosas.

—Tampoco tantas.

Luna se quedó pensativa, lo miró a los ojos y le preguntó:

—¿Crees que valgo como persona?

—Creo que vales lo que vales, aunque tampoco te conozco mucho.

—Eso no es una respuesta.

—Es, y con eso vale.

Continuaron disfrutando de la comida hasta que Luna habló:

—Últimamente no sé qué hacer con mi vida. He vivido todo tipo de experiencias y ahora me cuestiono hacia dónde quiero dirigirme. Me siento rara, como si no tuviese algo que me llene de verdad. Siento que estoy perdida y no sé cuál es mi camino. Incluso carezco de una capacidad para enfrentar bien mi vida.

—¿A qué te refieres?

—A que vienen problemas y me agotan. Veo que la gente sale adelante y va triunfando en la vida, y no puedo decir lo mismo de mí.

—¿Cómo te sientes ante eso? —preguntó. Quería que ella expresase sus emociones.

—Cansada. Quiero salir del punto en el que estoy.

—¿Qué te gustaría vivir en esta etapa de tu vida?

—Con tal de ir viendo lo que quiero y lo que no me conformo.

—¿Hay algo que te gustaría decirte?

—¿A qué te refieres?

—Imagina que soy como tú. He vivido tu vida, he tenido tus mismas experiencias, mi personalidad es como la tuya y me encuentro en una etapa en la que me pasan las mismas cosas que a ti. ¿Hay algo que me quisieras decir?

—Que no corras y que te dejes llevar, que las cosas se irán poniendo en su lugar.

—Pues ya sabes lo que necesitas.

—Ya, pero no es tan fácil.

—Solo tienes que aplicarlo.

Ella se quedó en silencio, como incómoda ante esa idea, y cambió de tema.

—En el trabajo, tengo una compañera que me pone de los nervios.

—¿Y eso?

—Me mira y sé que me juzga, y habla mal de mí cuando no estoy presente. Eso no se hace.

—¿Se lo has comentado?

—No, y tampoco quiero. Me da miedo que se deteriore más la relación y nos llevemos peor.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Aparte de quejarme, nada —respondió ella. Él se rio un poco.

—Estoy bastante bien, pero a veces siento que tengo más de lo que necesito. Es como si quisiese seis manzanas y la vida me diese diez. Y me sorprende.

—Pero eso está muy bien.

—Sí, pero no me termino de acostumbrar. Me van bien las cosas y es raro, sobre todo por el dinero. Cuando la gente sabe lo que tengo, cambia su actitud conmigo. Veo normal que haya interés, pero a veces me sorprende que haya tanto. Eso hace que me desapegue y desconecte muchas veces de las personas.

—La gente es interesada.

—Sí, lo sé, aunque no entiendo que lo sean tanto. Es decir, el dinero es dinero. Está bien, pero ¿tanto como para solo pensar en ello? Es algo que me sorprende.

—Pero es por la educación que hemos recibido.

—Puede.

Cenaron en silencio hasta que ella se empezó a poner nerviosa y se incomodó:

—¿A qué te dedicas?

—Ya te lo dije, soy pintor.

—¿Pero en serio pintas mujeres desnudas?

—No —soltó una carcajada—. Me dedico más a lo abstracto, a lo que no se entiende, pero sí se siente. Es como abrirte a contemplar un paisaje. No siempre tiene que ser perfecto, pero, sí lo observas bien, empezarás a tener unos sentimientos muy concretos. Con mis cuadros sucede eso. Hay personas a las que les encanta y gracias a ellas me va bien.

—Es increíble. Eres el primer pintor que conozco.

—Siempre hay una primera vez. —Sonrió de manera picarona y Luna apartó la mirada—. ¿Cómo fue tu primera vez en el sexo?

—Esto es incómodo.

—Entonces te haré otra pregunta: ¿Qué te gusta vivir en el sexo?

—Follar. Eso es lo principal. Y luego que me acaricien los pezones también.

—Vaya, esto es nuevo. Eres de las que no se reducen solo al clítoris.

—Sí, los pezones son un mundo nuevo.

—Y que lo digas. ¿Has probado a acariciar el cuerpo?

—A veces, pero tampoco lo veo tan allá.

—A mí me gusta. Me deja relajado y vivifica la experiencia. Está bien.

Ella lo miró con brillo en los ojos. Se notaba que se lo estaba pasando bien a su lado.

—Eres una persona interesante.

—Gracias.

—¿Y vamos a seguir aquí o me vas a llevar a algún otro lado?

Él se sorprendió por lo directa que era y le respondió de manera tranquila:

—Podemos ir al campo que te dije el otro día, pero de noche hará algo de frío.

—No tengo muchas ganas de ese plan.

—También podemos ir a mi casa.

—¿Eso es porque quieres tener sexo conmigo?

—Sí, pero también porque quiero seguir a tu lado un poco más.

Luna lo miró como eligiendo cuidadosamente sus palabras y con calma dijo:

—Vale, vayamos a tu casa.

—¿Para tener sexo o para seguir hablando un poco más?

La mujer le regaló una sonrisa, dejándolo con la duda, pero a la vez incitándolo a pensar que habría más que palabras en su hogar.

Cuando llegaron, la casa estaba tranquila. Hugo y Alba habrían acabado de cenar, y de dar y recibir amor en la cama, pues solo se escuchaba el silencio.

Él se sentó en el sofá, y ella se tumbó y apoyó la cabeza en las piernas del joven.

—Es curiosa tu casa.

—No es ni demasiado grande ni demasiado pequeña, es acogedora —dijo mientras acariciaba el pelo de Luna—. Además, vivo con un compañero de piso que me parece buena persona.

—Eso suena bien.

—Sí. ¿Tú vives sola?

—Aún con mis padres. Lo prefiero así de momento. Solo tengo veinticuatro años, y prefiero darme algo de tiempo para ahorrar y ver hacia dónde quiero dirigir mi vida. Independizarme solo me llenaría la vida de problemas. Aunque tuviera más libertad para hacer lo que quisiera, no me compensaría.

—Si quieres vemos una serie o película.

—¿Una porno?

—¿Me lo dices en serio?

—Podría estar bien.

Él se sorprendió ante la carencia de pudor de Luna. Se metió en una página web para adultos y, ante la enorme cantidad de vídeos que se desplegaban, le preguntó:

—¿Qué quieres ver?

—Te dejó elegir a ti. ¿Qué chica te gusta más?

—A veces, con que esté bien me vale. Otras me gustan las muy guapas. ¿Y a ti de chicos?

—Pon alguno con un buen miembro.

Rieron y eligieron un vídeo donde salían un negro y una rubia. En poco tiempo, los dos jóvenes empezaron a excitarse. Ella lo miró al tiempo que él deslizaba la mano hacia su pecho. La pasión hizo el resto.

Se dirigieron a la cama, quitándose la ropa a una velocidad de vértigo. Sentían el suficiente deseo como para dejarse llevar en el sexo y olvidarse de lo demás. Pasaron un buen rato entre caricias, gemidos, risas, miradas e intensidad hasta que acabaron.

—Necesitaba esto —dijo la mujer.

—Me gusta que me hayas acariciado el cuerpo, sienta bien.

—Recordé lo que dijiste en la cena y quise probar.

Se miraron a los ojos, se dieron un par de caricias y el sueño comenzó a apoderarse de ellos. Ella apoyó la cabeza en el pecho del joven, que no quería nada más que vivir ese momento.

DOLOR, REFLEXIÓN Y CAMBIOS

Luna no paraba de dormir, era la encarnación de una marmota. El joven artista no tenía más sueño y se levantó. Mientras desayunaba, cogió el móvil y leyó un wasap de la chica de ojos verde pardo. Llevaba un tiempo sin saber nada de ella y, por los comentarios que le había escrito, parecía que quería volver a verlo. Acordaron quedar esa tarde y dar un paseo juntos.

El artista se quedó pensativo, reflexionando sobre su vida y la cantidad de chicas que habitaban en ella. Tres mujeres eran tres vidas, tres personalidades, tres micromundos con los que convivir. Se acercaba y se unía a ellos, viendo cosas que con las demás personas no terminaba de ver, quizá por intimidad física. Se sorprendía de amarlas como lo hacía: como amigas, pero enamorado de ellas. Su pecho relucía en luz, era como un faro que lo iluminaba todo. ¿Cómo era posible vivir una vida así?

Pese a todo, esa mañana se sentía alicaído, como si lloviese dentro de él. «No todo es sol, a veces también llegan las nubes», se decía. La sensación de tristeza, de dolor, de depresión y de no querer hacer nada lo asaltaba de vez en cuando. Y no se quejaba. La usaba para crecer y desarrollarse, para ver si tenía que hacer algún cambio en su manera de proceder. Por muy agrias que fuesen sus emociones, le permitían pararse a ver la situación, reflexionar sobre ella y valorarla en un sentido más pleno.

Mientras desayunaba, comenzó a observar su vida. Tenía de todo: dinero, ropa, mujeres, buena alimentación, sexo, deporte, amigos... Apenas necesitaba más, era un individuo pleno. No solo en un sentido físico, sino también mental y espiritual. Sentía paz en el cuerpo, en la mente y en el alma. Estaba equilibrado y tranquilo, feliz y armónico. ¿Cómo iba a necesitar más?

Ese dolor le decía algo curioso: «Ahora que ya vives y disfrutas, ¿qué quieres vivir y disfrutar?».

Reflexionó, pero no llegó a obtener una respuesta. Se mantuvo en silencio junto a su dolor y tristeza, viendo cómo estas emociones le sucedían.

Luna entró en la cocina y lo sacó de sus pensamientos:

—¿En qué piensas?

—En que hay paz en mí, pero tengo que ver qué quiero vivir en mi presente, en mi vida. Me siento alicaído, y es porque quiero pintar dos cuadros y cambiar de trabajo, pero aún no sé muy bien qué quiero experimentar.

Luna se acercó y le dio un abrazo de consolación.

UN PASEO POR EL CAMPO

La chica de ojos verdes pardo iba vestida de *sport*, portaba una sonrisa de oreja a oreja y, nada más verlo, se lanzó a sus brazos y le dio un beso.

—Te echaba de menos —dijo mientras lo miraba con ilusión y ternura.

—Yo a ti también.

Rodeados de naturaleza, comenzaron a andar en silencio, observando el paisaje a su manera. Pasaron unos minutos hasta que ella preguntó:

—¿Qué somos?

—Amigos que se acuestan.

—¿Solo soy una amiga para ti?

Él se quedó pensativo y luego respondió:

—Eres una amiga hacia la que siento amor y con la que tengo sexo.

—¿Y no quieres algo más?

—¿Tú sí?

Ella se miró a los zapatos, y quizá por valor o por sentirse en confianza y poder ser vulnerable respondió:

—Sí. Es decir, me gustas. Estoy bien a tu lado, y me siento contigo de una manera diferente a las demás personas, ni siquiera me he sentido así con mis antiguos novios. Y quiero que lo nuestro vaya a más. Quiero que nos cojamos de la mano, que nos tumbemos en el campo y nos digamos la forma de las nubes en el cielo. Quiero que compartamos momentos, cariño y, sobre todo, amor. Quiero todo eso contigo.

La mujer se ruborizó y ni siquiera lo miró a los ojos. Él la cogió de la mano y con voz tierna le comentó:

—Natalia, para mí esto no funciona así. Es decir, no creo que ahora mismo te vea como algo más. Puedo comprender que quieras una pareja, pero eso es cosa de dos, y yo no me puedo forzar a sentir algo que no siento por ti. Puedo ser honesto, transparente y visible con lo que vive en mí, pero hasta ahí mi poder. Yo no elijo amar, el amor me elije a mí.

Era como si un puñal se le hubiese clavado en el corazón a aquella chica. Pudo verlo en sus ojos, que comenzaban a llenarse de lágrimas.

—Jo.

—Ven. —Le dio un abrazo y la sostuvo junto a él—. Nuestra situación ahora está bien, ¿verdad? Por mí, sigamos viviéndola. Déjate sentir lo que sea que sientas sin tratar de cambiarlo o modificarlo. A veces, el amor de pareja no surge porque lo anhelemos, sino que, a menudo, sucede en el momento en el que tiene que ocurrir.

—Ya.

Se quedaron abrazados, se dieron un beso y siguieron caminando.

—Creía que sería más fácil y que aceptarías lo que te proponía —comentó ella—. Pero no, vas y me rechazas. Nunca antes lo había hecho un chico.

—Yo no lo veo como un rechazo, sino como que ahora mis sentimientos son así. Si algún día cambian, te lo diré.

—Espero por ese día.

—Y yo espero que no tengas demasiadas expectativas.

Siguieron caminando.

—Esto es raro. Podemos decirnos todo esto y seguir juntos —dijo Natalia.

—Mola, ¿eh?

—La verdad es que sí. No me había pasado antes.

—Se siente bien poder ser honestos entre nosotros. Por cierto, por lo demás, ¿qué tal tu vida?

—Bien. Estoy empezando a salir a correr. Es fantástico.

—¿Verdad? A mí lo que me encanta es que te da un plus de felicidad en tu día. Te permite lidiar mejor con el dolor y el sufrimiento cuando llegan.

—Y sentirte viva. Después de correr, estoy llena de energía y con ganas de comerme el mundo. Me encanta.

Comentaron las sensaciones que experimentaban cuando hacían deporte hasta que llegaron a una roca grande, la subieron y se tumbaron sobre ella. Estaban cómodos y satisfechos, y a la vez con la cabeza llena de dudas por lo que se habían dicho. Natalia tendría que esperar para tener pareja mientras que para él comenzar una relación iba a ser algo que tendría que plantearse si quería o no vivir.

LUZ DE LUNA

Aquella noche, estaba solo en su casa. Necesitaba tiempo para sí mismo. Su vida estaba llena de cambios; en unos meses, se había transformado en una persona diferente a la que había sido. Y eso le sorprendía.

Tranquilo, contemplaba el cielo nocturno, bajo la luz de la luna y las estrellas, sin mucho que pensar y sin nada más que tranquilidad. Sentía ese amor que le recorría el cuerpo, una experiencia que no quería que se acabara, como montarse en una atracción de la que no quería bajarse. Observó el satélite natural que le sonreía esa noche y comenzó a tener una charla mental con ella:

«Me has dado más de lo que he querido. Te he pedido cosas y, con el tiempo, me las has otorgado. Has sido cariñosa y me has tratado bien. Quiero darte las gracias. Me gustaría hacer algo por ti, ya sabes, para compensar todo lo que la vida y tú me habéis dado. Sé que me queréis, me habéis concedido el talento para escribir y el don para pintar, la capacidad para crecer y desarrollarme en mi vida, y la gracia de ser amado por la gente a la que quiero. Me habéis hecho más rico de lo que necesito ser y solo puedo daros las gracias.

»Hay algo que se revuelve en mi interior y es por las chicas. Tengo más de lo que se puede pedir, pero no sé lo que es el amor de pareja. No sé lo que es despertarme junto a alguien que me ha visto el alma y, aun así, quiere quedarse conmigo. No sé lo que es quedarme hablando con una persona hasta el amanecer y, justo antes de irnos a dormir, hacer el amor como si la vida nos fuese en ello. No sé lo que es amar a alguien hasta tal punto de ver con nitidez que quieres compartir tu vida con esa persona. Es algo que desconozco. Y quiero pedirte que me eches un cable, luna. Bueno, tú y la vida. ¿Podrías concederme esto? ¿Podrías permitirme enamorarme de una mujer, pero en un sentido de relación de pareja? Ya tengo veinticinco y he vivido de todo. Quizá es hora de vivir también esto».

Se quedó tranquilo en la oscuridad, escuchando el silencio y los pocos ruidos que surgían en la noche. Volvió a mirar al satélite y, no supo muy bien por qué, pero la luz de la luna le hizo reconocer algo en su interior: aquello que deseaba acabaría sucediendo. Una sensación de gratitud afloró en él.

SARA

Hugo casi lo había obligado a salir esa tarde. Había conocido a una chica que encajaba genial con la personalidad del artista.

—Te lo digo en serio, es como tú. Hace preguntas como tú, es tan rara como tú y puede hablar de sexo con la misma naturalidad que tú. La tienes que conocer.

—¿Y cuándo se supone que la vas a ver?

—Hoy mismo. Estate preparado, te va a encantar.

—Qué apresurado. Me ponen nervioso estas situaciones —dijo mientras se miraba los zapatos.

—Tranquilo, que no te va a morder. O al menos de momento.

El artista rio.

Por la tarde, se arregló lo suficiente como para sentirse atractivo. Le encantaba vestir bien, le daba confianza y felicidad. Siempre pensó que era por su personalidad.

—¿Ya estás? —preguntó Hugo—. Macho, algún día tienes que enseñarme a vestir así. ¿Nos vamos ya?

—Cuando quieras.

El grupo de amigos era casi desconocido para él. Los había visto hacía unos días, en una fiesta en la casa de una amiga de Hugo. Se presentó e inició una conversación vacua y superficial con ellos. Su amigo informático le dijo por lo bajo:

—Ella no está aquí, va a llegar un poco tarde.

—Genial. De momento me lo estoy pasando bien, así que no importa.

—Mola.

Charló con el nuevo grupo, hablando de fiestas, de viajes y de experiencias pasadas. Una chica se acercó y saludó a los que ya estaban presentes. Él se sorprendió.

—¿La conoces? —preguntó Hugo, parecía extrañado al ver la reacción del pintor.

—Hace unas noches hablamos un poco. Me quedé con la curiosidad de conocerla algo más.

Hugo sonrió y le hizo un gesto con las manos y la mirada, indicándole que fuese a hablar con ella. El pintor apenas tuvo que intentarlo, pues la mujer se sentó a su lado.

—Ey, me suena tu cara.

—Nos vimos en una fiesta, ¿no?

—Sí, eres amigo de Hugo, por lo que creo recordar. Me quedé con ganas de charlar más contigo aquella noche.

—Me pasó lo mismo.

—Tu amigo me comentó que eres artista.

—Sí, es algo que disfruto. El poder crear y sentir que todo fluye cuando trabajas, el estar alegre con lo que haces y ser. Es valioso para mí.

—Sí. Me pasa lo mismo en lo mío y me siento conectada a las cosas. Es bonito.

El hombre la miró a los ojos.

—¿La experiencia es como si fueras andando por un bosque y sintieras esa apertura, armonía y conexión que te conecta con él?

—Justo. ¿Cómo lo has sabido?

—Es una historia larga.

—Él es así —intervino Hugo—. Te puede decir algo de ti que ni sabes que te ocurre, pero te pasa. A veces, también con desconocidos. Puede decirles en qué trabajan o ciertos problemas que tienen en la actualidad. A mí me resulta mágico. ¿Por qué no le haces eso que tú llamas «sentir a otro»?

El artista guardó silencio, dio una respuesta afirmativa, cogió de las manos a la chica y le dijo:

—Siento que eres una persona sensible, con una gran capacidad para el arte, ya sea de manera musical o de diseño arquitectónico. De hecho, diría que eres arquitecta. —Ella asintió, parecía sorprendida, probablemente porque no tenía ni idea de cómo él podía saber tanto sin conocerla—. También veo que estás soltera, que piensas bastante en los chicos y eso te desconecta de la realidad. Por suerte, trabajas lo suficiente como para tener los pies en la tierra y te gusta ahorrar, cosa que te viene bien para sentirte más equilibrada. Además, te complicas por cosas innecesarias, eres profunda, tiendes a caerle bien a la gente y eres un poco rara.

»Veo también a una mujer con don de madre. Sabes cuidar y amar, tienes tu lado tierno y cariñoso; eres una persona que se deja querer. —No dejaban de mirarse a los ojos—. Aun así, veo un gran vacío en ti, pero no es un vacío por una ausencia material o algo que te pase en la vida, sino por una necesidad de amarte a ti misma. Ese vacío proviene de experiencias pasadas: de la niñez, por un conflicto con tus padres, y de la adolescencia, por odiarte cada vez que te mirabas al espejo.

Los ojos de Sara comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Veo un talento con la música y una necesidad de tocar el piano de vez en cuando. Es como si tuvieses que volver a eso para sentirte más calmada en tu vida —añadió él—. Y veo que sabes hacia donde te quieres dirigir, pero esa dirección no tiene una unión con el suelo. Es decir, quieres algo que no puede darse porque aquí, en la Tierra, no estás en la posición para desarrollarlo.

Ella se quedó muda durante un momento.

—¿Cómo has sabido todo eso?

Él fue a responder, pero se percató de que el grupo estaba en silencio y que lo habían escuchado.

—Digamos que lo siento. Me lo transmites. Por un momento, he sido tú y desde ahí he podido ver y percibir esto que te he dicho.

—Me resulta difícil entenderte.

—O lo vives o no creo que puedas comprenderlo.

Un hombre del grupo, que estaba próximo a ellos, lo miró y le dijo:

—¿Podrías hacérmelo a mí también? Quiero saber qué ves.

Se le sumaron otras dos chicas del grupo, pero el joven artista negó su petición:

—Puedo entender que queráis que os diga eso, pero no me gusta hacerlo de seguido. Cuando lo intento, me vuelvo vosotros y no siempre puedo. Además, hay veces que no percibo nada. —Hizo una pausa y se sinceró—: Cuando lo hago, percibo vuestras alegrías y tristezas, vuestros amores y odios. Tu sufrimiento pasa a ser también el mío y eso puede ser una carga.

Sara seguía tocada por lo que había escuchado de aquel hombre, pero siguieron hablando de otros temas. Cuando anocheció, ella le propuso un plan:

—Me gustaría que me siguieses hablando de esas cosas, si te apetece.

—No sé si podré. A veces surge, a veces no.

—Bueno, podrías intentarlo y, de paso, te invito a cenar a mi casa.

El joven aceptó.

Una vez en el hogar de ella y tumbados en el sofá, comenzó a hablar:

—Nunca me había encontrado a alguien capaz de hacer eso.

—Viene bien para conocerse a uno mismo.

—Quiero que me sigas diciendo.

Él la miró a los ojos:

—Te gusto.

Ella sonrió y apartó la mirada.

—Hombre, no encuentro a una persona así todos los días.

Cansado de que le hablara sobre esa parte suya, cambió de tema:

—¿Qué sueles hacer a estas horas de la noche?

—Ver algún capítulo de una serie. Ahora estoy con una policiaca que está bastante bien. Si quieres la vemos.

—Vale.

Prepararon la cena, comieron y se quedaron viendo la serie en el sofá. Ella, recostada sobre él, y él, acariciando su pelo.

Cuando acabó el capítulo, Sara lo miró a los ojos. Le acercó la boca y la unió a la del pintor. Se besaron durante unos segundos, inmersos en una burbuja donde solo estaban él, ella y la unión de los dos. Se encaminaron a la habitación, con una sonrisa en la cara. Ya sobre la cama, se quitaron la ropa, y se vistieron con besos y caricias.

UN ÚLTIMO CUADRO

No quiso despertarla, pero lo hizo. Ella lo miró con los ojos entrecerrados mientras los brazos de él dejaban de rodearla:

—¿Ya te vas? Puedes quedarte a desayunar si quieres.

—Está bien.

El joven le dio un beso de buenos días y se dirigió a la cocina. El desayuno fue rápido. Se sentía impaciente, quería llegar a su casa y continuar su trabajo. Sara estaba absorta en él, como si de algún modo estuviese viendo una estrella fugaz en el cielo nocturno, que tarde o temprano desaparecería y dejaría tras de sí la inmensidad.

—¿Te volveré a ver? —preguntó la mujer cuando él ya se iba.

—Tienes mi número de teléfono, así que espero que sí.

Se dieron un último beso. Ella se quedó con la sensación de no terminar de creerse lo que había pasado y él, con claridad respecto a lo que quería pintar aquel día.

Una vez en su hogar, pudo acabar el cuadro que quería crear para sí mismo y comenzó una última pintura, una que cerraría la etapa presente de su vida y lo llevaría a embarcarse en un nuevo proyecto.

Comenzó con los primeros trazos de una pintura abstracta, en la que quería reflejar lo que sentía en una noche de fiesta en casa de alguna persona, rodeado de amigos. Tenía tanta claridad al respecto que comenzó su proyecto a una velocidad de vértigo, abstrayéndose del tiempo y olvidándose de todo. Solo estaban en la habitación el cuadro, el pincel, las pinturas y él.

No supo el tiempo que pasó hasta que Iker lo llamó:

—¿Qué tal? ¿Cómo vas?

—Bien. He acabado un cuadro que quería hacer para mí, y estoy comenzando otro que me tiene encantado y absorbido. Creo que no tardaré muchos días en finalizarlo.

—¿Sí? Suena bien, pero no tanto como lo que te voy a decir: Hay un evento en Madrid al que van a acudir todo tipo de personajes públicos del mundo del arte. Y con arte no me refiero solo a la pintura, también habrá cantantes, arquitectos, escritores, pintores, diseñadores de ropa, etc. Vamos, una experiencia única a la que podrías asistir.

—Diría que tienen mucho tiempo libre e irán por hacer algo.

—Nada más lejos de la realidad. Piénsalo así: es una oportunidad para darte a conocer y juntarte con personas que se asemejan a ti, por no hablar de gente interesada en lo que tú puedas crear.

—No soy muy de esas cosas, Iker.

—¿Qué pierdes por ir?

El artista se quedó en silencio y tuvo la intuición de que podría estar bien asistir.

—Está bien, iré. Pero solo si vienes conmigo —comentó—. No me gustaría nada estar solo ahí.

—Por mí, encantado. Así podré presentarte a un amigo mío. Es cantante y trabajo para él. Quizá os llevéis bien.

—Quién sabe.

Iker le habló de sus vacaciones, y le comentó que el evento sería en unos días y que tendría que vestir de etiqueta.

Cuando colgó el teléfono, el pintor se quedó mirando el cuadro inacabado. Tenía un presentimiento y quería terminarlo. Estuvo una hora más pintando hasta que sintió que tenía que parar. Se dirigió a su cuarto y tuvo un momento de reflexión. Su vida era increíble, no podía negarlo, pero tenía algo que lo inquietaba: las chicas.

Natalia, la joven de los ojos verde pardo, era una mujer cercana y cariñosa, alguien con la que podía pasar el rato y de la que quizá se enamorase, aunque no lo veía muy claro.

María, por el contrario, tenía cierto carácter. Aunque le mostraba de vez en cuando rasgos de su fuerza, era un trozo de pan y, tarde o temprano, iba a querer algo más con él; incluso habían hablado un poco del tema.

Luna era inquieta, aunque a veces estaba tranquila y parecía que su mente se abstraía con algo en concreto. Cuando estaba con ella, la veía como perdida con su vida, pero tenía el buen presentimiento de que poco a poco se iría encontrando. Ella era alguien con quien quizá formaría algo, aunque tampoco veía claro si tenía que ser una relación de pareja.

Y luego estaba Sara, la chica rara y peculiar. Alguien interesante. Le recordaba a él, y eso le gustaba. Se llevaban bien, pero apenas se habían dado tiempo para ver qué tal se relacionaban. En cuanto al tema de pareja, quizá fuese la que más se acercaba a la idea de formar algo, pero tampoco lo veía claro.

A las cuatro las quería mucho, pero como amigas. Y no veía con nitidez si acabaría queriendo algo más con alguna.

Se quedó en silencio, observando la situación de su vida, y llegó a la conclusión de que, si el amor iba a aparecer, lo haría cuando tuviese que suceder. Había aprendido que la vida no era algo que te esperase en algún punto, sino algo que sucedía aquí y ahora.

Se tumbó en su cama, puso algo de música y dejó de pensar en las mujeres; lo que necesitaba era vivir.

UNA CHARLA CON SU AMIGO

Hugo estaba inquieto. Había discutido con Alba y parecía que todo se iba al garete.

—¿No crees que estás exagerando un poco?

—No, es que es muy insegura. Se preocupa continuamente por cosas que no son importantes, y quiere que le diga que no pasa nada y que todo está bien. Y me cansa.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

—Mal. No soy su padre ni su niño. Y a veces es muy inmadura, como si quisiera que la protegiera todo el rato. Que se haga mayor de una vez y busque su forma de solucionar las cosas.

Hugo estaba enojado, como si la situación le molestase o afectase más de lo que le gustaría.

—¿Se lo has dicho?

—No. Bueno, a medias.

—¿Por qué no se lo comentas?

El informático intentó cambiar de tema y quejarse de otro aspecto, pero el pintor insistió:

—¿Por qué no se lo comentas?

Esta vez su amigo lo miró a los ojos y respondió:

—No termino de atreverme a hacerlo.

—¿Qué harías en tu situación?

—Cogerla un día y, cara a cara, decírselo. Siendo un poco prudente y con tacto al respecto.

—Pues ya sabes.

Hugo respiró hondo, se sentó en el sofá y soltó:

—Sea como sea, dándole vueltas no arreglo nada. —Estuvo unos minutos callado, mirando alguna red social en el móvil—. ¿Qué plan tienes para hoy?

—Cuestionarme un poco mi vida e ir a bailar. ¿Tú?

—No tengo nada planteado. Si quieres podemos hacer algo juntos, como irnos a un bar o ver alguna película.

—No me apetece mucho, pero tengo una pregunta para ti.

—¿Cuál?

—¿Te sientes a gusto con tu vida? Es decir, ¿ya vives lo que quieres vivir?

—Me gustaría tener más dinero, y menos problemas. Pero, por lo demás, estoy bien. ¿Por?

—Tengo algunas dudas sobre hacia dónde dirigir mi vida, es como que tengo de todo y he de ver qué quiero ahora. —Se miró las manos—. Suelo sentir dolor cuando finalizo mis proyectos, y me está pasando con el trabajo.

—Bueno, ya encontrarás algo y te sentirás bien. —Parecía que intentaba animarlo.

—Sí.

Se quedaron en silencio un rato, cada uno pensando en sus cosas hasta que Hugo comentó:

—He visto una serie de artes marciales que quizá te guste. Está bastante bien desarrollada y podemos divertirnos viéndola. Ya he visto algunos capítulos, y no me importaría verlos otra vez.

—Está bien, pero tampoco quiero ver mucha televisión hoy.

Su compañero se volvía alegre cada vez que hacían algo juntos, al igual que el pintor. Y ver series, entre otras cosas, era una actividad simple que los unía y con la que disfrutaban. El artista pensó que les venía bien a ambos, pues desconectaban de sus problemas por un rato.

COMPRENDIENDO LA HISTORIA

—Lucía, ayúdame a preparar algo de comer, y te aviso que luego quiero cenar en silencio mientras veo mi película favorita —comentó María.

—Está bien, abuela.

La mujer comenzó a sacar del frigorífico diferentes ingredientes para preparar una ensalada y le hizo una pregunta a su nieta:

—¿Te está gustando la historia?

—Es más profunda de lo que me esperaba.

—Así disfrutamos de lo que hay por el fondo del océano.

—También me sorprende que él pueda estar con tantas mujeres. ¿Al final se decantó por ti? Ya sabes, ¿por ser tu pareja?

—Eso es algo que sabrás más adelante.

—No sé, por lo que cuentas me parecías maja cuando eras joven.

La abuela se quedó mirándola y, con ojos extrañados, la preguntó:

—¿Por qué crees que ya he salido en esta historia?

Lucía la miró con un gesto de sorpresa.

—¿No eres María, la mujer rubia?

La abuela se quedó silente y comentó:

—Puede que me llame María, pero no es mi único nombre. De hecho, tengo dos.

—¿Entonces qué chica eres de la historia?

—Ya lo averiguarás. Por lo demás, he de seguir hablándote de él.

—¿Por qué le llamas «él» en vez de por su nombre? Es decir, el abuelo tiene nombre, ¿no?

—Digamos que, de momento, prefiero contarte la historia así.

—Como veas. —La cara de extrañeza se dibujó en Lucía, que comenzaba a pensar que su abuela era un poco rara.

—Por cierto, una vez empiece a cenar, no continuaré la historia hasta mañana, que estoy cansada de hablar. —La nieta protestó, pero la abuela la cortó en seguida—. Solo tienes que esperar un poco, nada más. Además, así tendrás tiempo para pensar en lo que te he contado y ver cómo puede tener una aplicación a tu vida real.

—Sí, si eso suena bien, pero me apetece más saber qué va a pasar.

—Como te iba diciendo...

PREPARÁNDOSE PARA LA FIESTA

Absorto y enfocado pintaba el cuadro. Sentía que todo fluía, como si se bañara en un río y se dejara llevar por la corriente y, al mismo tiempo, como si contemplara las llamas de una hoguera. Las horas pasaban deprisa, y parecía que no existía nada más en este mundo que el cuadro, los colores, los pinceles, y él.

Fue en ese momento de disfrute cuando recibió una llamada de Iker. Se saludaron y el mánager le comentó:

—Te llamo para recordarte que mañana es la velada de la que te hablé. Velada o fiesta, porque sé que pondrán música llegada cierta hora de la noche, y que las personas podrán bailar o estar en una terraza si quieren hablar.

—Suena estupendo.

—Sí, puedes invitar a alguien, si quieres.

—Con que vayas tú me vale.

—Allí estaré. Tenía pensado ir sí o sí, es una oportunidad que no quiero perder. Por cierto, ve guapo.

—Eso ni lo dudes.

Tras colgar, el pintor se quedó contemplando su obra inacabada. Estaba dichoso con lo que iba creando y comenzaba a sentir que su creación llegaba a su fin. Aún le quedaban días para acabar, y eso le gustaba.

Fue a continuar pintando, cuando llamaron a la puerta. Casi se había olvidado de que había quedado con Sara esa misma tarde. Dejó los pinceles y fue a abrir la puerta.

—¿Qué tal? Vaya ropa más llena de pintura —dijo ella.

—Es lo que tiene trabajar.

—¿Sí? Me encantaría ver tu cuadro.

—Adelante.

Cogió a Sara de la mano y la llevó a su sala de trabajo.

—Te diría que es maravilloso, pero está inacabado, ¿no?

—Así es. Y no te preocupes en decir que no te gusta de momento, tampoco me lo tomaré como algo personal.

—Es que de pintura no entiendo. Aunque he visto tus cuadros en internet y puedo decir que son una pasada.

—Gracias.

—¿Cómo haces para crearlos?

El artista se encogió de hombros.

—Me llega. No tengo ni que buscarlo. Los cuadros llaman a la puerta y yo los invito a entrar.

—Eso suena muy bien. Me gustaría que me pasase lo mismo.

—¿Pintas?

—No, canto. Pero he de esforzarme una y otra vez para ir mejorando. Para escribir una canción, necesito inspiración o haber vivido algo en concreto. Además, cantar es trabajar la voz horas y horas para ir progresando.

—Poco a poco, subes la montaña.

—Por eso me asombra que contigo sea tan...

—Sencillo.

—Justo.

—Es algo que me ha dado la vida, nada más.

—Pues que «algo» más que bueno.

Se quedaron en silencio, mirándose a los ojos, y se besaron en los labios. En ese momento, supo que Sara iba a ser una amiga, una amiga con la que tener una aventura.

UNA MIRADA

Cuando llegaron a la fiesta, se quedaron sorprendidos por la variedad de personas con cierto reconocimiento que había allí: *youtubers*, cantantes, escritores, figuras públicas...

—Esto es increíble, no verás algo así en un tiempo —dijo Iker—. Aquí hay artistas de todo tipo y eso significa que puede que me salga una jugosa oferta de trabajo.

—Tú y el trabajo. Parece que piensas mucho en eso.

—Me gusta lo que hago.

Una mujer de pelo moreno se acercó al pintor.

—Hola, puede que no me conozcas, pero soy escritora, como tú. Y he leído tus libros. O, mejor dicho, los he devorado. Son magníficos. ¿Cómo puedes escribir así?

—Me sale solo. La historia me va llegando y yo la voy escribiendo.

—Dicho así suena fácil.

—En cierto sentido lo es.

—¿Me darías algún consejo?

—Mmm. Hubo dos preguntas que me sirvieron y dieron resultado a la hora de escribir los libros. Una de ellas fue: ¿yo leería este libro? Y la otra fue: ¿de qué manera puedo escribir algo que aporte y enriquezca a la humanidad? Ambas preguntas pueden ser útiles si eres honesta a la hora de responderlas.

—Interesante. ¿Significa que con esas preguntas y las respuestas que me vaya dando podré escribir un buen libro?

—No, pero es un comienzo. Y pueden servirte para hacer correcciones y arreglar ciertas partes de tu historia.

—Gracias, haré caso a lo que me dices.

—Por cierto, ¿tú que escribes?

—Libros de fantasía. Es un género que disfruto. De pequeña me encantaba leer libros de fantasía y de adulta tuve la necesidad de hacer algo con toda la imaginación que tenía, así que escribir ese tipo de género fue una solución gratificante.

—Suena bien. Además, esa temática es bastante liberadora. Cuando leo esos libros, me siento como un pájaro que vuela.

—No podías haberlo dicho mejor.

Conversaron un poco más y luego se despidieron. Iker le presentó a un músico al que el joven tenía en alta estima. Se intercambiaron los nombres y el pintor le habló con admiración:

—Me encanta tu música, me transmite lo que sientes de una manera muy nítida.

—Gracias, es bonito escuchar tus palabras. Por cierto, ¿a qué te dedicas?

—Soy pintor. Ya sabes, de los que cogen un par de pinceles, algunos colores y plasman lo que sienten en un cuadro.

—Qué interesante.

—Mucho. Es algo que amo, así que es más sencillo.

—Y que lo digas, me pasa lo mismo con la música. Tener pasión hace que quiera crear.

—Sí, y viene genial para el estado emocional.

—Te cambia —dijo mientras asentía con la cabeza—. Sobre todo, cuando creo algo de lo que me siento satisfecho y veo que a los demás les encanta.

—Esa es una sensación increíble.

Cuando el músico se marchó, el artista se quedó observando al resto de personas. Conocía a algunas, como a un *youtuber* famoso que no paraba de mirarlo tímidamente. El pintor le sonrió y el hombre se acercó:

—Sé quién eres y me encanta lo que haces. Pero, dime, ¿cuándo sacarás tu próximo libro?

—Eso es algo a descubrir. Ahora he tenido una etapa de pintar cuadros y me ha ido bien. Estoy en un momento de mi vida en el que me estoy planteando hacia dónde dirigir mi carrera artística. Hay muchas cosas que quiero crear.

—Ojalá sean libros.

—Quién sabe.

Conversaron sobre algunos temas superficiales y se despidieron; al poco, Iker se le acercó.

—Hay muchos *mánager* por aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—Reconozco a los que trabajan en lo mismo que yo.

El artista se fijó en una mujer. Se quedó admirándola de lejos, observando su esbelta silueta y sus tonificadas piernas que asomaban por la falda del vestido blanco. Sus manos se movían con elegancia cuando conversaba.

—Iker, ¿quién es ella?

—¿De qué me suena su cara...? Da igual, ve y habla con ella.

El joven pintor fijó su mirada en sus ojos y, cuando aquella mujer le devolvió el gesto, una llama despertó en su vientre. Un calor le llenó el cuerpo y entonces lo supo: ella era la mujer con la que quería iniciar una relación de pareja.

Se encaminó con seguridad hacia donde estaba ella, la tocó en el codo y le regaló una amplia sonrisa.

—Hola —dijo el joven.

—Hola —respondió, dibujando una curva sincera en los labios—. ¿Nos conocemos de antes?

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, por todo.

A mis amigos, por aportarme la confianza necesaria para seguir creyendo en mí, aun cuando dudaba de mis capacidades.

A ti, lector, por apoyar este proyecto y darme la satisfacción de ver que, de un modo u otro, te he aportado algo con este libro.